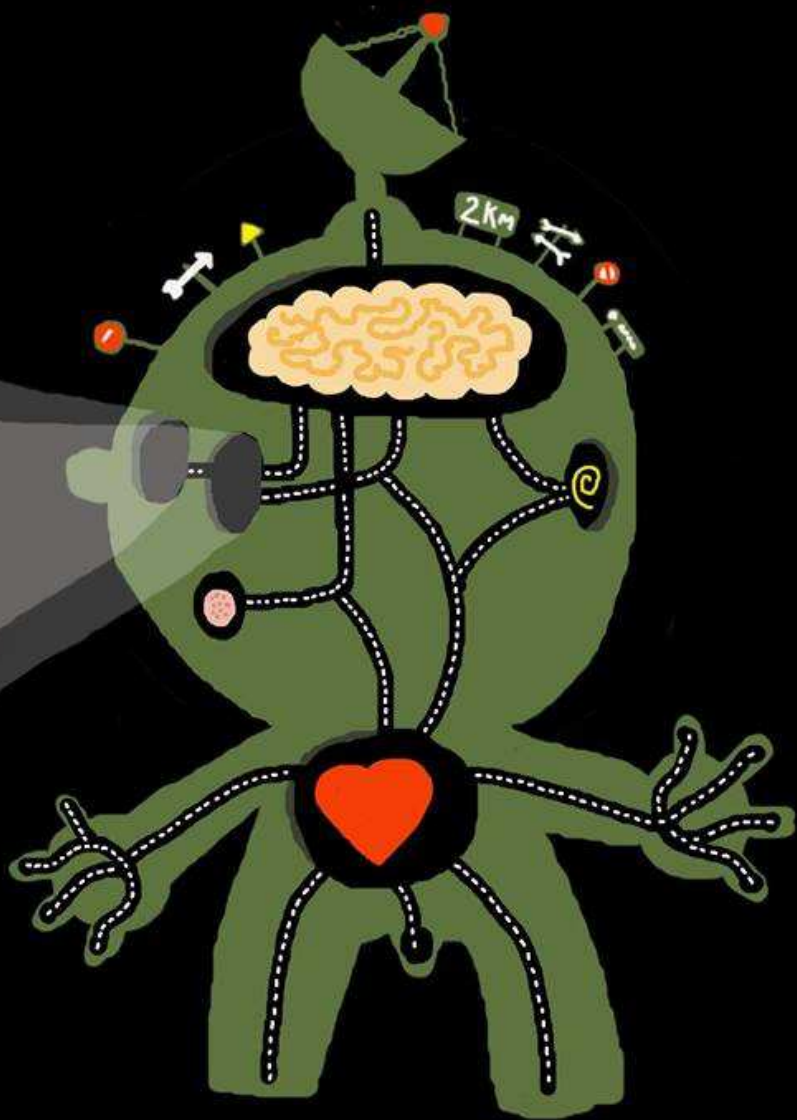


TURISMO

CRÓNICAS DE VIAJES A DÍAS, REFLEJOS Y SUEÑOS DE ALGUNA GENTE



JULIO QUINTAS

TURISMO

Crónicas de viajes a días, reflejos
y sueños de alguna gente

JULIO QUINTAS

© Julio Quintas, 2014

Edición, corrección (y me quedo corto): Santiago Ambao

Ilustración de portada: Elenio Pico

Contacto: turismorelatos@gmail.com

<http://turismorelatos.wordpress.com/>

<http://reducidoalaescribitud.wordpress.com/>

www.facebook.com/turismorelatos

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización escrita de los titulares del Copyright.

TURISMO

Viajar a Egipto. Al Polo Sur. A la Luna. Viajar al pasado, al futuro. ¿Y a Frank Sinatra? Me resulta inverosímil que nadie haya deseado viajar a Frank Sinatra. Viajar a la voluptuosidad de una joven Brigitte Bardot en la ducha. A Cortázar mientras escribía *La autopista del Sur*.

Yo viajo a ahora. Viajo a cualquiera. Viajo al presente de personas vivas y éste es un cuaderno de mis viajes, de algunos de ellos. Viajo a presidentes, a suegras. Viajo a transeúntes. Paseo por ellos que me albergan sin notarme. Igual que una ciudad, despliegan sus itinerarios, me intoxican con sus miedos viejos, me ofrecen sus callejones, sin saberlo; igual que a un turista, los destinos me ignoran y así se evitan olvidarme.

En el fondo, creo que —siempre— viajo a momentos, sobre todo. A momentos de gente, ahora. El ahora del viajado y el mío convergen como caminos, yo me convierto en un autoestopista que observa desde ventanillas prestadas.

Viajando, entiendo que nuestros preconceptos son tan engañosos como tarjetas postales. Descubro, por ejemplo, que los momentos presentes de suegras suelen ser paseos más gratificantes, reveladores o, como mínimo, entretenidos, que las excursiones a presidentes —con la cabeza en otra parte, exudando urgencia, tensión—. Por eso, de tanto en tanto, viajo a suegras, aunque no más que a transeúntes o a alcanzapelotas: viajo a cualquiera que me dé un motivo, y la curiosidad suele ser el motivo recurrente. Busco respuestas a las preguntas que acechan a los hombres: ¿Qué se oculta tras el gesto impenetrable de un alcanzapelotas? ¿Quiénes son mientras no son? ¿Dónde se alojan la vitalidad, las hormonas suspendidas mientras se practica el alcanzapelotismo?

No soy muy inteligente o creativo, apenas ha requerido voluntad y paciencia. Ciertamente, también ha requerido un sofá, tiempo libre y apego al ocio, el hábito de sentarme en la sala a escrutar la pelusa que flota en el aire. Estar en ello un día equis, instalar la mirada en una mosca que se ha estacionado en la pared; al cabo de un rato de observar la inmovilidad, sopesar que podría tratarse de una mosca que ha fallecido allí, posada, o de una mancha. Que el tiempo pase y, mientras el tiempo

pasa, preguntarme cómo se sentirá ser y morir mosca; que una cosa lleve a otra, que una voluntad de explorador me posea, un impulso de aventurarme en Raúl, el paseador de perros de la zona, para constatar la existencia de su vocación, como si de la Atlántida se tratase. El asunto se ha instalado en mí.

Un día leo *Palazos al aire*, una novela de Santiago Ambao. Durante el gesto de pasar la página treinta y uno, me asalta una duda que, ahora sí, lleva el germen de la voluntad: ¿Cómo es el clima en alguien que arroja sobre una página a un enano violento, soez, extorsionista, vallecano y militante por la independencia de Cataluña, para habitar su novela? ¿Qué recorrido hace una idea en el sistema del tal Ambao, el hombre donde el enano extorsionista se gestó y vivió antes de nacer? Dejo caer el libro en el regazo, y yo, íntegro, soy yo mirando la pared. Imagino, con todo mi empeño, que entro en Ambao como en un alambique; colgado de la cola de la idea paso a un serpentín, la idea me remolca mientras va siendo destilada en Ambao, hasta que acaba por ser escupida. Salimos tambaleando, la idea hecha enano y yo, entre la agitación y la novedad. Pienso en huir antes de que el enano vallecano me dé una hostia en plena boca. Me asusto. El sobresalto me devuelve al

sofá: he babeado un poco, pero no he ido a ningún sitio. Todo el tiempo he estado allí, mirando la misma pared. Y allí me quedo.

Una hora, dos.

Otro día, otra hora, dos.

Surge en mí una iniciativa: la búsqueda de un método. —¿Y si, por ejemplo, tal cosa?—, me digo. Y pruebo. No funciona: he permanecido, ahuecando el sofá; no he conseguido viajar a nadie.

Otra hora, dos, cuatro.

Otro día.

Mi determinación es tan férrea como mi apego al ocio, no cejo: —¿Y sí, por ejemplo, esto otro?— planteo y, acto seguido, ejecuto. Y entonces, sí. Digo «entonces, sí» y no digo más, porque no hay mucho que explicar. Resulta orgánico como si hubiese puesto un pie en el estribo de un tranvía en movimiento: una zancada y ahí estoy, montado, viajando. Gran susto, torpezas, miedo a la abducción, a no saber volver, al secuestro, a las alergias, a contagiarme ideas raras. Temo a lo que vendrá y sobran motivos, pero viajar no era tan difícil. No más que enhebrar, atrapar moscas con dos palillos o aterrizar una moneda de canto. Pensar que soy el primero se me antoja una jactancia y una ridiculez. Conjeturo, más bien, que ha sido

un secreto bien conservado, pues cierto es que las consecuencias de una hipotética masificación son imprevisibles: sólo por vanidad, la noticia se extendería como un virus. Y digo vanidad, por mencionar una entre infinitas motivaciones: podría decir miseria, envidia, odio y, sobre todo, buena voluntad, ese peligrosísimo hábito. Aterra imaginarlo: todos viajando a todos, hurgando en sentimientos, recuerdos, rencores; instintos y ambiciones desvelados; vergüenzas expuestas a quien quiera visitarlas, como el orinal de un rey en un museo: la intimidad obsoleta. Personas vulnerables, familias vulnerables, sociedades vulnerables, la Humanidad vulnerable. El «virus» arrasa en nada, y nada es igual que antes y no hay tiempo, no ya para gestionarlo, sino para asimilarlo siquiera. Por supuesto, entiendo la discreción de mis antecesores como una actitud responsable y, desde luego, no soy yo la clase de persona dispuesta a cambiar el mundo.

Por el mismo motivo, este compendio de destinos —el viaje que emprendo en estas líneas— no podrá tener sino destino de hoguera o de desván; un viaje en páginas que amarillearán hasta acabar bajo —o volviéndose ellas mismas— polvo o cenizas. Pero ambos, viaje y destino, se me hacen imprescindibles, residuos como el rito de

constatación de un itinerario que no habrá existido.

Si él viviera aún, decía, yo viajaría a Frank Sinatra como a los jardines en Babilonia, como seguiría el itinerario que conduce a una ciudad invisible llamada Berenice, o caminaría, de riguroso blanco y negro, los fotogramas de *Rumble Fish*. Pero sólo sé viajar a gente que aún respira, a ahora, y Frank se ha ido, se ha llevado el fulgor, nos ha dejado solos y en la penumbra de este valle de presidentes, transeúntes, suegras y alcanzapelotas. Aunque he de ser justo y admitir, valga la insistencia, que es en ellos cuando con más frecuencia me sobreviene el asombro: en un transeúnte al azar como en una cortada caída de mapas y guías, como en un grafiti en el muro de un despoblado, como en esos espacios que, se diría, hallan más de lo que son hallados, y que despojan de su estante al recuerdo de un monumento.

Entregarme y observar, dejarme llevar. Lo hallado me halla, me talla, viaja y muda, se muda, se aloja, se disuelve, se queda. Se sabe, no hay viaje sin poso: basta con tocar un destino para que ya no sea posible dejar de serlo. Un regreso nunca es tal. Quién es el destino, el visitado, a fin de cuentas.

Así es cómo los viajes me viajan.

L'ESPRIT DE L'ESCALIER

Un estanque como espacio seguro para aprender a flotar, un jardín en el fondo en el que acampar antes de aventurarme en lo salvaje: nivel I. Para la primera excursión buscaba un trayecto sencillo, una estadía previsible. Escogí a Felipe, el dependiente del videoclub.

Calificar a Felipe de idiota hubiese sido un exceso. «Alelado» lo describiría mejor. Lento. Pánfilo. Bobalicón. Es la clase de persona que, ante una pregunta simple, tiende a dejar caer la mandíbula, balbucea, estira el momento. Es alguien que despierta ansiedades en su interlocutor o, más a menudo, el impulso de dar a Felipe un guantazo en la nuca, por ayudarlo a escupir la palabra esperada. No obstante, las respuestas en Felipe siempre llegan; demoradas y sin lustre, cierto, pero funcionales: «Buenos días», «sí», «no», «Brigitte Bardot», «Dos con cincuenta», «Mañana antes de las nueve», «Buenas tardes». Entre frase y frase —siempre— intercala un silencio y una expresión de ruego o ansiedad en los ojos, como la de un caracol urgido por llegar al retrete.

Felipe parecía idóneo: un sitio en el que la velocidad del tiempo permitiera reaccionar ante imprevistos. Me veía paseando por Felipe como por un pueblo viejo, de esos en los que la moda es una abstracción, en el que coches vetustos roncan sin conseguir sacudirle el polvo a la quietud, un pueblo con una plaza en el centro: tristonra, terrosa, racheada de manchones verdes donde, desde siempre, pastorea un placero cascarrabias. Así lo anticipaba yo, y he llegado a preguntarme cuál sería, en el paisaje en Felipe, el equivalente de un anciano sentado en el portal —la silla al revés, la mirada fundiéndose con la languidez de su calle—.

Basta con acceder, dar el primer paso en Felipe, para ser encandilado por las respuestas que relucen en el firmamento *Felipeano*. Es el colmo del ingenio, la agilidad hecha paisaje. Ligerero, vertiginoso. Así de simple. Así de desconcertante. Si me tumbo de espaldas en las llanuras de Felipe, al fresco y con una brizna entre los dientes, puedo ver todo el espacio iluminado como el cielo de un carnaval, me emociono donde mire, o río, o lloro. Por cada comentario o pregunta que estimula el Universo en Felipe, brotan y se proyectan múltiples ocurrencias, frases, réplicas, coletillas, discursos, a cuál más mordaz o profundo o poético.

Pese al desconcierto, sobreponiéndome al deseo de permanecer echado y gozar del espectáculo, comprendo que mi espíritu de explorador está siendo puesto a prueba. Decido que no me iré de Felipe hasta que haya desenmarañado el misterio.

No resulta necesario andar mucho, ni correr riesgos, ni internarme en espesuras amenazantes. Me basta con identificar la dirección de la corriente hacia la desembocadura. Allí voy, detective, mezclado entre una procesión de ideas, comentarios y respuestas, todos mejores que yo, yo rogando que mi teoría sea cierta: ser invisible, pasar desapercibido. Escojo como guía a una bellísima idea de Felipe —le dedico algún piropo en voz alta, a sabiendas de que no puede escucharme—; la sigo de cerca y remonto el itinerario.

A poco de andar, nos detenemos frente a una marea de respuestas y frases que impiden proseguir la marcha, que se extienden más allá de lo que alcanza mi vista. Civilizadamente, las que nos siguen se estacionan a nuestras espaldas. Y las que vienen, detrás. Es incesante. Quedan a un palmo de distancia, unas de otras. Si es que avanzan, el movimiento es imperceptible. Matan el tiempo acicalándose, o departiendo con sus vecinas. Y entiendo que la solución al acertijo es sencilla: ocurre que

la actividad en el interior del continente Felipe es tan frenética que, por un fenómeno de cuello de botella, se genera una demora constante. Son tantas las réplicas producidas en Felipe, que el acceso que comunica con el exterior queda estrecho. Se agolpan, esperando a que les llegue su turno para salir. Y acaban como esa postal que envía desde China un marido a su esposa, pero que recibe él mismo cuando ya lleva un mes de regreso en casa y su mujer lo ha abandonado. Las frases de Felipe alcanzan su garganta cuando ya no vale la pena pronunciarlas, han caducado o son extemporáneas.

El balbuceo sería, entonces, producto de un fenómeno mecánico o físico. El embotellamiento perenne tras bambalinas y la urgencia por dar réplica generan tensión: energías en conflicto, una carga estática que se libera a través de las oscilaciones en la mandíbula de Felipe.

Como un mecanismo de supervivencia, Felipe ha generado un kit elemental de frases funcionales, una especie de sistema auxiliar que presta servicios mínimos a nivel de superficie. Es como si el sol se hubiese atascado dentro de Felipe, y se le hiciera inevitable alumbrar su camino con la linterna de juguete que cuelga de su llavero.

PRESENTE CONTINUO EN EL SR. TOMÁS

Aunque pudiera, no viajaría al pasado ni al futuro; muy inconvenientes, ambos. Y si viajar al presente puede a menudo resultar encantador, no hay sensación de presente más intensa, o que signifique el término de manera más plena, que un viaje al Sr. Tomás.

El Sr. Tomás ha hecho en su vida poco más que reparar relojes, tal como su padre, su abuelo, su bisabuelo y, hasta donde tiene conocimiento, todas las generaciones que los antecedieron.

Cuando Tomás recién había comenzado a tener setenta años de edad —estimo yo, alrededor de dos años atrás—, una niña se presentó en su taller. Traía un reloj, como cabía esperar; había pertenecido a su abuelo, dijo. La niña explicó que a aquella máquina de medir tiempo, de un momento a otro, se le habían borrado las agujas y todos los índices y, donde se esperaría ver, por ejemplo, una aguja señalando un número cinco, en arábigo o romano, solamente se apreciaba una

superficie de un blanco immaculado; así, toda su esfera, devenida tan pero tan blanca. La niña dijo que su padre le había pedido que lo llevara a lo del Sr. Tomás, quien seguramente encontraría el origen del problema y una solución. Como es su costumbre, Tomás entregó un recibo a la niña para que se lo diera a su padre, y así dejar constancia de que había admitido el reloj para su revisión; de todos modos, nadie se presentó jamás para recogerlo.

El Sr. Tomás supo rápidamente que aquel reloj montaba un mecanismo extraordinario entre todos los mecanismos extraordinarios que el Sr. Tomás había visto en su dilatada vida de relojero; aún más que cualquiera de aquellos sobre los que había oído de boca de sus ancestros, legendarios e intratables como ballenas blancas y agigantadas con el paso de las generaciones.

El caso es que se abocó al proceso de identificar la inusual avería. Se recostó sobre y a escasos milímetros del mecanismo, sosteniendo con firmeza la lupa dentro de la órbita del ojo derecho. Al hacer foco en algún punto mientras acercaba la pinza para desmontar volante y espiral, descubrió que el tiempo se había acabado. Tras verificar la rueda de escape, no hubo lugar a dudas: aquel reloj no solamente no estaba averiado,

probablemente era el único de todos cuantos había que funcionaba correctamente. El reloj, limitándose a cumplir su función con nobleza, dejó de marcar el tiempo en el momento preciso en que éste se extinguió, tan pronto la milmillonésima de nanosegundo final se consumió, como la exhalación del último dodo.

Absurdo, pero esta es la historia que Tomás se ha contado a sí mismo y que sólo puede conocer el viajero que se aventure en el Sr. Tomás. Está convencido y no habrá quien lo saque de sus trece, pues jamás ha hablado del asunto.

A consecuencia del descubrimiento, sabe que desde entonces no ha dejado de tener setenta años y que su profesión ha caducado. El hecho en sí no le molesta, pero a veces desearía conversar sobre ello con alguien, compartir las hipótesis en las que ha desembocado tanto silencio, le pesa no poder siquiera reportar al sindicato acerca de su obsolescencia.

Desde un primer momento ha considerado un deber avenirse a la responsabilidad de haber sido hallado por ese conocimiento: un secreto, uno más de los tantos en su oficio; ha concluido que no es diferente de pertenecer a la menguante, ínfima secta de individuos capaces de identificar la leva de un

cronógrafo, una rueda de pilares, o de calibrar un *rattrapante*. Así que él continúa, transitando un mismo momento interminable, reparando relojes, como siempre, para disimular, intentando que nadie sospeche.

PRIMER BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ

~~Umpiérrez estoy~~ Umpiérrez está juntando un ramo de alcachofas para el hombre de la plaza que nunca le contesta. —Siempre duro y oscuro, el bigote tan peinado; estatua cuando noche, estatua cuando día, estatua si calora, estatua cuando fría.... —se apena, se interrumpe, llora.

SEGUNDO BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ

~~Umpiérrez suspendim~~ Umpiérrez suspendió por un momento la búsqueda y dirigió otra mirada a la Luna. —Es una moneda demasiado grande —lamentó. Luego continuó calle abajo, recolectando bolsillos.

ESPEJOS EN EL SR. TOMÁS

Si rebusco entre los recuerdos del Sr. Tomás, encuentro que el último registro de él observando un espejo es de uno nítido, ocurrido hace diecisiete años. Para ser preciso, del día en que su esposa salió de su casa por última vez, de un instante en que ella fue un reflejo breve: tras asomarse desde el marco, cruzaba y se escondía por el lado opuesto, en dirección a la puerta, por detrás de Tomás que se peinaba frente al espejo del recibidor. Es un recuerdo que la memoria va adornando a medida que pasa el tiempo, o según el estado de ánimo: hoy, por ejemplo, podía observarse, de colores tenues, al aire moviéndose en el reflejo, a la fragancia llegar desde atrás hasta abrazarnos con una levedad parecida al consuelo.

Desde entonces, Tomás ha visto innumerables espejos, sin fijarse, ni una sola vez, en ninguno, evitando hacer foco en ellos, ignorándolos con esmerado descuido. Cuando Tomás pasamos frente a un espejo,

acelerando el paso, como acostumbra, me esfuerzo en observar y veo que el reflejo de los objetos alrededor del hombre se detiene, permanece inmóvil durante tanto tiempo como la imagen de Tomás habita el espejo. Como una instantánea, o una postal.

SENTIMIENTO MECÁNICO EN EL SR. TOMÁS

En un espacio recogido, íntimo, en el Sr. Tomás, me he topado con un sentimiento peculiar, posado allí con evidente delicadeza y la voluntad de resguardarlo de las inclemencias del tiempo, la intemperie de los cambios, de la mala salud. Si hubiera de describirlo en términos de espacio, diría que cabe en la palma o en un bolsillo. Aquel pequeño portal a cuerda está ornado con iniciales labradas. Basta tomar la corona entre dos dedos, remontar la única vuelta y liberarla para que, al echar a andar, nazcan, se desplieguen en simultáneo miles de momentos que caben en un segundo, o en la palma, o en un bolsillo: los aromas de la piel de una mujer, su tacto, su voz y todas las palabras que, pronunciadas por ella, permanecieron en la memoria de Tomás. Al detenerse, el fugaz planetario se condensa nuevamente en el sentimiento con monograma, sobre su lecho a prueba de tiempo. Una vuelta de cuerda. Todo dura un instante.

TERCER BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ

—Si una chimenea no chimenea, pues para qué
—pensó Umpiérrez y se quitó el chambergo.

CUARTO BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ

—Lucy en el cielo con mandarinas. No, con armarios.
No. Sí, con mandarinas. Lucy con mandarinas.

Con humbertos.

Con juancarlos.

Lucy no, Ema. Ema en el cielo con juancarlos. No, con
uno, con juancarlo.

TRÁNSITO

—«Multiorgasmia, no hay más. Ése es el origen de siglos de confrontación entre géneros. El resto es cortinas de humo, evasivas, excusas. Y le aseguro que no es para menos: a diferencia de Freud, yo sé de qué hablo».

—Así, con esas palabras.. y de la nada... entre dos góndolas del bazar del chino te lo ha soltado... venga ya —noté que una mano de Abel comenzó a jugar con una caja de cerillas, nerviosa y sin perder su precisión característica, rotándola y golpeando sus lados sobre la mesa del bar.

—Palabra más, palabra menos... bueno, vale, digamos que lo he adornado un poco... pero el sentido está... es que ya has visto cómo mira... los ojos incendiados... no negarás que es como para inspirarse... sea como fuere, no me preguntes cómo llegamos a eso: lo intento, pero no recuerdo.

A veces se quisiera olvidar. Pero el olvido es ingobernable. Y es precisamente aquello que se quisiera borrar de la memoria, lo que difícilmente se olvide.

La frase venida del paisaje que era mirada, melena y talle, se fijó, indeleble; sobre el talle, y lo demás, a Abel le hubiese sobrado una descripción. La recientemente vecina nos provocó desde el día uno, a Abel y a mí, fantasías sobre las que no necesitábamos abundar. Nos conocíamos bien. Las posibilidades de él de saciar su repentinamente afiebrada curiosidad respecto de la multiorgasmia, presentaban unas limitaciones que en mi caso no se aplicaban, pero ni siquiera a un buen amigo podía hablarle de ello.

No negaré el aliciente que el diálogo del bazar significó. Pero incluso antes de aquello, esa mujer, y la idea de viajar por primera vez a una, visitar otro hemisferio, se me representaban como uno de aquellos folletos que combinan paisajes extraños y deliciosos, colores insólitos, camas pecaminosas y ventanales concebidos para estar siempre abiertos, para dejar entrar, únicamente, brisas de temperaturas exactas, sonido de cascadas y aromas frutales. Pero, razonablemente, dudaba: en cualquier destino tan ajeno, la esquina menos pensada entraña riesgos inmedibles y

el bocado más tentador oculta indigestión. Finalmente decidí que durante los días que siguieran le dedicaría mis ratos libres, cautelosamente.

Como era de esperar, buena parte de todo aquello con que Abel y yo, retroalimentándonos, habíamos adornado a la mujer, era sólo fruto del ocio. Deportes de bar. No obstante, y más allá del desenlace, hubo en la experiencia bastante de iniciático, hallazgos que merecen un sitio destacado en el álbum de mis viajes que, por entonces, recién comenzaban. Y, cierto, hubo alguna lección como un tatuaje, la comprobación de que hay formas terribles de no regresar.

Miércoles

Noche, domicilio, viaje de reconocimiento, premeditadamente breve. La mujer existía, básicamente, deslizándose por toboganes que unían sus sentidos. En sus oídos, Coltrane sonaba de maravilla. Antes de ella me parecía una acumulación de sonidos disonantes. Una naranja, hasta entonces fruta ajena e intrascendente, fue un pequeño planeta que escupía colores, humedades aromáticas, texturas, que excitaba papilas y hacía brotar borbotones de saliva. Y así.

Más sorprendente fue, sin embargo, su inmediatez cuando de pensar, sentir y resolver se trataba. Me explico: en mi caso, por ejemplo, puedo percibir al hambre manifestándose, ponerla en espera hasta el entretiempo del partido, a la vez que cavilo respecto del día en que habré de resolver el goteo de la mochila del váter, hasta que el pitido del árbitro señala que el hambre, ajena a mí, ha seguido su curso natural hacia la voracidad. En ella todo ocurre de modo en extremo expeditivo, casi simultáneo. De un momento a otro, algo que parece no existir se convierte sin transición en una urgencia y, con la misma premura con que llegó, ha de atenderlo y resolverlo. El hambre y comer, por continuar con el ejemplo, están separados por el tiempo exacto y la distancia más corta para acceder a su nevera, cuya puerta, dicho sea de paso, estaba cargada de imanes y multitud de listas, notas y recordatorios varios. Parecía incapaz de prever, anticipar, y la forma en que pudiera ser capaz de mantener una vida organizada era, para mí, en sí mismo, un misterio que ameritaba ciertos riesgos.

Jueves

Acudí a ella en su trabajo. Administración. Su empresa fabrica partes de coche, bujías, cosas así. Me sorprendió

que alguien que discurría en un permanente carnaval de los sentidos disfrutara de aquellas labores metódicas. Pero así fue, al menos en los pocos momentos en los que permanecí. El descubrimiento tuvo su interés, por inesperado y porque Abel llevaba una larga lista de especulaciones al respecto, en general absurdas, apuntadas en una servilleta.

Observé, también, que mantenía una agenda minuciosa hasta la ridiculez, y me cuadró; podría ser causa o consecuencia de aquella forma en extremo inmediata de transcurrir. Por lo demás, tanto papeleo y, en especial, la forma de enfocarse del que ella era capaz, desembocaron en tedio, enseguida. Me largué.

Viernes

Habiendo comprobado que poco cabía esperar durante su horario laboral, decidí dirigirme a ella, nuevamente, por la noche, tan pronto la viera entrar a su casa desde la ventana de mi cocina. Un acierto, un itinerario revelador, un paseo pintoresco. Orinó tarareando una canción de su infancia a viva voz, balanceando la cabeza rítmicamente y con la mirada dirigida al techo del baño. Más reseñable, tras una ducha tibia y perfumada, experimenté las sensaciones

deliciosas que la lencería le producía. Íbamos girándose a medida que se probaba una prenda tras otra como quien busca inspiración, contemplándose en el espejo de su amplio dormitorio: la intensidad la abarcaba, sus sentidos se encendían. El aire la rozaba más tibio, los colores devenían vivos, respiraba el aroma de su propia piel, se desenfocaban los objetos alrededor y veía sus contornos definirse, los ojos fijos en el espejo; la silueta que percibía era la escultura blanda y flexible que iba creando un fantasma caliente que subía y la llenaba desde dentro, el fantasma la llenaba con calor y con música desde los pies y la colmaba, *Andante moderato*, ni lento ni rápido, hasta finalmente ejercer una presión tenue sobre la íntegra superficie interna de la piel, hacia afuera. Al acabar seguiría a lo suyo por la casa, embriagada de satisfacción. En el caso de aquella noche, se tumbáramos en la cama a leer y comer helado de frambuesa, que en su paladar tiene un dejo de sal. Se durmió y comenzó un sueño: algo trivial que me resultaba incomprensible, y decidí regresar. El viaje de vuelta tuvo un pequeño retraso, como un despegue abortado, pero no era la primera vez que me ocurría; no lo consideré un percance, lo atribuí a mi falta de experiencia o a mi ansiedad.

Sábado

Me dije que, con la dedicación que ella ponía en el trabajo entre semana, estadísticamente, el sábado habría mayor probabilidad de consumir mi experimento. Así que me excusé con Ricardo, Abel y el «Loro» por no asistir al póquer mensual, y lo organicé de forma tal de disponer de la mayor parte del tiempo posible para uno o más traslados. La mañana transcurrió tranquila y entretenida, la jardinería me gustó. Decidí quedarme a comer en ella, pues aquella mujer combina un sentido estético y unas papilas que convierten la experiencia en un festival.

Tras una siesta breve en el sofá, tendimos un conjunto de ropa interior sobre la cama, se desvestimos y se lo colocó con el ceremonial y la delectación habituales. Musicalizaba la escena una versión mental de *My funny Valentine* por el quinteto de Miles Davis, sorprendente el detalle y la afinación, que nos acompañó luego mientras regaba y recortaba las plantas de la sala. La música abarcaba todo su espacio interior, interminablemente placentera, alargaba el tiempo y lo diluía.

El sonido del timbre y el sobresalto extinguieron la música como un apagón, y fue reemplazada por un pensamiento que recuerdo abstracto, atropellado y confuso. Lo único que saqué en limpio fue parecido a una

exclamación muda, un arrebatado, a medias sorprendido «¡el carpintero!», seguido de una imagen entre distorsionada y familiar; a partir de allí resulta inviable establecer dónde acababa su alboroto y dónde comenzaba el mío. El trayecto a la puerta... ¿cómo describirlo? Laika, la perrita. La perrita rusa. Laika, enlatada, presenciando un viaje lentísimo e impotente hacia su propio final.

Abel es mi mejor amigo; somos vecinos. Hasta ese momento no había reparado en su atinado criterio para escoger perfumes, ni en la cuidada confección de su traje de lino, el de las ocasiones importantes; visto en perspectiva, no me sorprende pues un carpintero es, ante todo, un artista, alguien sensible y minucioso. Yo me quedé atascado. Las observaciones a propósito de las nalgas de futbolista de mi amigo no ayudaron. La situación, a partir de allí, fue siempre a peor. Ya no recuperé el sosiego necesario para hilvanar la salida. No conseguí regresar hasta la mañana siguiente. Ante la imposibilidad de olvidar, prefiero no evocar más. Elijo pensar que las primeras experiencias a menudo no son lo que se espera de ellas. Hubo de pasar mucho tiempo, el necesario para sobreponerme, antes de que me atreviese a comprobar que el mapa hacia la multiorgasmia sería, en efecto, el único motivo legítimo para la Guerra Definitiva.

QUINTO BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ

Observó con detenimiento las ruedas, las puertas, los espejos a cada lado, los escapes y, a través de una ventanilla, las butacas, los relojes y botones, cada uno de los tres pedales, la palanca de cambios rematada con una pequeña bola a cuadros blancos y negros. Tras un largo y agotador análisis, Umpiérrez concluye que no tiene objeto hacer bicicletas tan complicadas.

SEXTO BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ

La bicicleta acelera, pasa y se aleja a través de la cortina de lluvia. Guarecido bajo un toldo, Umpiérrez:
—¿Te hemos fijado? Con lo bien que se va en coche.
—A punto he estado de responderle. No puede haber sucedido, no. No debe. Huyo, aterrorizado.

ESPEJOS EN ABEL

Mi amigo Abel, al pasar por el espejo, de forma mecánica se encoje levemente y pasamos dos dedos por su sien derecha, sin dejar de observarse. Si está solo, pronuncia: —Vaya talento el de mi madre... —Y sonrío. El resto de las veces, sonrío y lo piensa.

¿RETRASO?

Tan pronto como Doña Iris asimiló su viudez, un deseo soterrado en ella durante décadas resurgió con su original ardor intacto: que le hagan el amor en inglés, como lo haría Don Johnson, el de *Miami Vice*. Parte de mí se apropia de la algarabía en Doña Iris por su realización; parte de mí celebra haber llegado un día tarde al deseo cumplido de Iris.

ÚLTIMO MENOS BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ

No existe «Cómo recorrer Umpiérrez en un rato», ni recomendaciones del tipo «cuando conduzca en Umpiérrez, asegúrese de tal cosa», o «despójese de cualquier noción previa», como si de Papa Doc o Kabul se tratase. Se dice apenas que los locos dicen siempre la verdad, y mentira se dice. Al cabo, sólo viajo con una única y propia nota mental: huir ante el primer indicio desasosegante.

En Umpiérrez esa nube esta ahí y tocarla es imperativo.

En Umpiérrez el suelo es lo que hace un momento quedaba allá, tan lejos.

En Umpiérrez el suelo es lo que hace un momento quedaba allá, tan abajo: ahora, cada vez, menos.

Cada vez, menos.

Cada vez, menos.

En Umpiérrez el suelo será espuma de azúcar disfrazado de suelo, aunque a él no lo engaña; en

realidad es de colores relumbrones, como espuma de azúcar de papel metalizado de colores. Zambullida y chapuzón de colores con ondas. En Umpiérrez el suelo hará ondas, como un charquito, como el cielo, que en Umpiérrez también hace ondas. En Umpiérrez el viento hace demasiadas ondas y silba como cree que silba un tío de él, se enfada, el suelo acercándose qué risa qué rápido, y el alborozo porque se acerca la espuma disfrazada, chapuzón y chapoteo de colores relumbrones, ondas de espuma de azúcar como un enorme charquito que hará ondas de colores de espuma, muchas ondas que olerán a colores metalizados de azúcar que harán ondas mientras el silbido que hace el aire que no espuma, y que silba bien como un tío que Umpiérrez no quiere o cree no recordar.

Cada vez, menos. Poquito.

He llegado en mal momento. Me largo porque en Umpiérrez, en nada, el suelo.

SILENCIO EN ISIDRO

Yo en Don Isidro en su olivar, calado de Isidro en su olivar, lo despedía, una vez, que fue la única y la última. Me alejaba sin darle la espalda, a modo de reverencia. Me detenía en la distancia que creaba con ese sitio del que no quería partir, en la certeza de que ya no regresaría.

Silencio había sonado en las alas de un insecto y en los recuerdos de Isidro; espeso, casi sólido, largo, lo explicaba tan bien como sus manos de labrador. Difícil determinar dónde acababa su silencio y dónde comenzaba el ábrego que le rozaba la frente y las orejas, frotaba los muros escasos en los que habitaba, a sus espaldas, o siseaba por las ramas y las hojas junto a él hincado en la tierra.

Isidro en su olivar sucedió como un monasterio antiguo al que la paciencia del olvido derruyó en colinas ignoradas, en presencia de nadie.

He acudido para asistir a su silencio huérfano. Me arrodillo y derramo agua a los pies de los troncos en los que él ha permanecido, que resisten por no acabar de morirlo. Bebemos.

**ARRIESGADO BREVE VIAJE A UMPIÉRREZ UN DÍA DESPUÉS DE SU
CAÍDA, MOVIDO POR UNA IRREFRENABLE CURIOSIDAD**

— . —Qué miedo.

SORPRENDENTE REGRESO A UMPIÉRREZ

—Tremendo colocón. Son esas pastillas, tienen que ser.

Enfermera pildorera, doctor que me martilla la rodilla, buenos días, adiós.

Me siento hoy tan afeitado; rico olor; un poco atado: los tobillos, las muñecas; el resto no, pero aburrido.

Qué raro es esto, raro me siento, raro de rarísima rareza.

El de la ambulancia con cara de circunstancia le dijo al que me martilla la rodilla que me encontraron chapoteando en una acera. Lo escuché, sí. Me acordaría. Locos, quizás.

Son un montón de pastillas. Veo raro con estas pastillas, rarísimo. Por cierto, oye, creo que la verde es para que no vengas; no estés, no deberías estar.

DESCENSO A CARLITOS

Una sensación agobia a Carlitos: algo como «vaya con el vaivén», o «esto será un sinvivir». Los cambios y los mofletes lo tienen a maltraer.

El caso es que, en un principio, aunque pequeño, Agustín parecía de lo más normal, o eso le explicaron sus mayores. Sigue convencido de que vivir durmiendo y alternativamente colgado de una teta es raro, pero al menos ha podido comprobar que es usual y superable. Alguna vez lo comentó a sus padres. Cuando acabaron de reír le dijeron que no había motivos para preocuparse. Hasta ahí, lo de siempre. Pero, de inmediato, su padre agregó que aquel *modus vivendi* de Agustín era tal cual el de un pariente equis, y su madre se puso de pésimo humor. Así que Carlitos decidió no volver a hacer comentarios sobre los hábitos de Agustín y, más tarde, por prevenir, gestionar el tema mofletes en estricto silencio. Nadie más que él parece advertirlo.

A Carlitos le resultaba evidente que no paraban de crecer. Primero, especuló con un estallido que hubiera cabido esperar, según sus estimaciones y a aquel ritmo, más o menos para cuando Agustín alcanzara su propia edad. La alternativa de mínimas, teorizó, fue que acabaran por convertir a su hermano en algo monstruoso; proyectó imaginando al hombre gordo del colmado, pero con colgajos mucho más largos y rollizos, horrible. Se mantuvo alerta en la calle sin conseguir identificar señor o señora semejante, lo que alentó sus sospechas de que pudiera tratarse de un caso único, o un mal que derivara inevitablemente en una explosión fatal. La angustia fue tanta, que incluso tuvo una pesadilla en la que abrazaba a un Agustín parecido a una Tortuga Ninja hipermofletada, violenta Tortuga Ninja, un Hulk de los mofletes, y ambos lloraban y se consolaban.

Cuando la dilatación parecía seguir un curso irreversible, han comenzado a retraerse y su cuerpo a estirarse de manera alarmante. Ahora teme que Agustín acabe con un cuerpo enorme y una cabeza desaparecida, de tan menguante. Visto lo visto, Carlitos ya no descartamos que puedan darse nuevas metamorfosis, y teme que la sucesiva incluya

manifestaciones asimétricas o, incluso, mofletes movedizos.

Nadie parece advertirlo y Carlitos sufre en silencio. Ni siquiera Ricardo, el doctor, que realiza a ambos todo tipo de mediciones, parece reparar en los mofletes de Agustín. Carlitos suponemos que no se ha inventado un aparato para tal propósito. Sin despertar sospechas, finalmente se ha atrevido a preguntárselo a su tío Osvaldo, que tiene muchas herramientas en un taller. Él se ha reído primero, pero ha acabado por tomárselo muy en serio. Tras confirmarle que el artilugio no existe, le ha prometido que juntos diseñarán uno y se harán ricos. Osvaldo sugirió llamarlo *Mofletómetro* y a Carlitos le pareció un nombre adecuado.

Aún hoy me aburren las tareas, especialmente de Lengua, así que me he marchado tan pronto han llamado a Carlitos, que mañana tiene un dictado.

DESENGAÑO EN LARITA

Larita está furiosa. No tanto por la veda de ordenador, de diez días. Estamos harta de que los adultos la engañen. Ya lo sospechaba: no había nada identificable como «tiempo» dentro del reloj de su padre, sólo piecitas de metal y tornillos, como en la tostadora.

HIPÓTESIS DURANTE EL CASTIGO EN LARITA

- ✓ El tiempo estaría integrado al aire. Las agujas de los relojes cumplirían la función de empujarlo y mantenerlo en movimiento.
- ✓ Los relojes serían al tiempo lo que el aparato de su abuela Hilda, al vapor. Es decir, no se trataría de dispositivos contenedores, sino productores.
- ✓ El tiempo podría no ser un elemento espontáneo como las nubes o los bichos de la humedad que surgen de las baldosas, sino un artificio creado por los adultos para forzar a los niños a crecer. Bajo este supuesto, los relojes formarían parte de una estrategia de distracción.
- ✓ Concebido por los adultos o no, el tiempo podría existir como una entidad viva y de intenciones siniestras. No se descarta la presencia de animosidad y resentimiento del tiempo hacia Larita por sus investigaciones y descubrimientos.
- ✓ El tiempo surgiría de entre los intersticios de las baldosas, como los bichos de la humedad.
- ✗ El tiempo sería los bichos de la humedad, de incógnito.

Larita revisa la última hipótesis, y advierte la posibilidad de que el aburrimiento esté afectando su lucidez. Tiene sueño. La descarta.

¿VENGANZA?

Cuando nadie los ve, los relojes, a Larita: «9:57, 9:58, 9:59, 10:01», por ejemplo.

ROLES

Primero fueron casi vistazos, intuiciones atendidas, luego un trabajo de campo metódico y consistente, los que me llevaron a confirmar que Rodolfo Basurto es el barrendero de los sueños.

En la vigilia es anestesista, por acción u omisión; amigo del Dr. Mendizarrosa y árbitro de baloncesto en la liga juvenil de tercera regional, por afición. Esposo, y padre de dos, por opción. Rodolfo Basurto es, por si todo aquello no fuese suficiente, el barrendero de los sueños. Y me refiero, sin miedo a equivocarme, a todos los sueños. Desde los soñados en Saskatchewan hasta los que crecen en los durmientes de Potosí, uno en el que Vishnu pone una multa de tránsito a un cocinero que hace una siesta en Bangalore, o el colorido de un turista que transita su colocón en Christiania. Donde haya un sueño con barrendero, allí está la viva imagen de Rodolfo Basurto: algo como un contrato en exclusiva

con nadie, del que no hay constancia, al que él no ha dado expreso consentimiento.

Basurto es el barrendero que se ve, o que no se ve, al fondo de cualquier sueño. Se ha desempeñado como un extra muy digno la mayoría de las veces, pero también ha cumplido roles protagónicos, ocasionalmente destacados al punto de opacar a algunas luminarias del Sueño, como Satán, Lilith o la chica de *Vigilantes de la bahía*. Ha llegado a tiempo para malograr sueños idílicos, se ha revelado imprevisto salvador de apesadillados en situaciones espantosas, ha sido Caronte remando su elegante barrido sobre extensiones de arenas doradas, ha recogido cristales rotos en bodas judías, o decorado con su diligente presencia sueños en plazas. Podría, incluso, haber sido él el barrendero que empalaba a Stephen King con su escobillón, en lo que el escritor, durante una entrevista, describió como su «peor pesadilla». Según explicó, tuvo lugar en una siesta mientras escribía *El resplandor*; desconozco si Basurto ya se encontraba en funciones entonces.

No he podido confirmarlo, pero tengo motivos para creer que sería el propio Basurto quien recoge los residuos de los sueños, una vez abandonamos la escena. Esto explicaría que los recuerdos de los sueños

desaparezcan siempre que no recolectamos los restos de inmediato, antes de que Rodolfo deje el espacio reluciente como una patena. Y, porque aquellos sueños cargados de significado, especialmente emotivos, épicos, los péplums oníricos, dejan mucho escombros tras de sí, es que aún nos resultaría posible quedarnos con algo de ellos, pues al pobre Basurto le tomaría varias horas despejar el enchastre.

Por razones obvias, jamás hubo un barrendero en los sueños de Basurto. Sólo así se comprende que sea el hombre sensibilísimo que es, y que en su vigilia arrastre constantemente un saco cada vez más abarrotado de pesadumbres, sensualidades, tenebrosidad, destellos, y su complejo sentido del humor.

Rodolfo Basurto es el barrendero de todos los sueños. Se lo contaría si no fuese tan inconveniente; sé que le enorgullecería saberlo.

ESPEJOS EN LARITA

A Larita le fascinan los espejos. Y por ello desconfía.
La intrigan. —«Siete años de mala suerte», sí... me toman
por tonta —cavila y ríe

ESPEJOS EN CARLITOS

Su tío Osvaldo le ha respondido, escueto y a lo suyo: —No es así como funciona, otro día te explicaré. —Mientras tanto, Carlitos seguirá buscando la forma de forzar una entrada. Siente curiosidad pero, sobre todo, se imagina escondiéndose dentro, planea esperar allí hasta que su prima se asome. Larita, al buscarse en el espejo mientras se lava los dientes o se cepilla el pelo, lo vería a él en lugar de a su reflejo. Carlitos estamos convencidos de que ella reiría, de que le pediría un beso por saber cómo se siente a través de un espejo. Luego, él le indicaría la entrada e irían de excursión. Cree que nada la impresionaría más. Carlitos no duda: de entre todos sus secretos, éste será el rey.

NAZARIO Y ALEDAÑOS

Nazario es nombre de célibe, de alguien que riega petunias, de eterno monaguillo. Quizá sojuzgado por su bautismo, Nazario es un hombre gentil, el más gentil que su barrio haya conocido. Fía a las jubiladas, corta un par de lonchas de fiambre de más, cuenta el cambio siempre dos veces sobre el mostrador, y al acabar echa un puñado de caramelos sobre los billetes o junto a las monedas, para el hijo o el nieto o el sobrino de alguien a quien, seguramente, ha visto crecer. Su voz pronuncia refranes con inequívoco tono de Nazario. Se despide con su sonrisa tenue y grata, con buenos deseos y con recuerdos para la familia. Y jamás atiende al cliente que sigue hasta que la campanita que cuelga del marco de la puerta tintinea a espaldas del que se va.

Nazario es un pueblo de esos que tienen un bar en los que cada día algunos ancianos juegan a los naipes, beben carajillos y comentan la nada que ocurre en el pueblo en

el que nunca pasa algo, excepto correveidiles ocasionales a causa de alguna vecina soltera y encinta, o un hombre mayor que se ha fugado con una mujer joven del pueblo vecino, vaya vergüenza para su familia, ya lo decía yo, pobre Mengana, sola con los fulanitos. En Nazario, el pueblo en el que nunca pasa nada, hay una esquina, una, en la que no se ha de girar, o sí. Al girar esa esquina ocurre un suburbio imprevisto.

Quizás me haya perdido o tropezado con la baldosa falsa que abre el acceso al pasaje, al tránsito hacia alguien que solamente puede no llamarse Nazario: gatos envenenados, los dedos de un niño cualquiera aplastados, una y otra vez, con la puerta del frigorífico, el frigorífico atestado de vecinos que se balancean en los garfios, pantorrillas que han perdido algunas lonchas. Una orgía en la que habitan todas las personas que han visitado su antiguo colmado transcurre permanente, silenciosamente; la multitud bebe ginebra hasta caerse, todos follan con todos, unos a otros se rajan la piel con cortapapeles, los cortapapeles mutilan el sexo de hombres, hay peluches desperdigados, peluches son introducidos en el sexo de mujeres, los vecinos patinan sobre el suelo cubierto de fluidos, lamen el suelo cubierto de fluidos,

se queman la piel con cigarrillos, fuman el humo de la piel y los cigarrillos sin dejar de follar y beber y rajarse y quemarse y fumar y patinar, sin dejar de sonreír sonrisas que estremecen.

Nazario es el hombre más gentil que su barrio haya conocido, técnicamente.

ESPEJOS EN NAZARIO, EN UMPIÉRREZ

Cuando Nazario está frente a un espejo, observo antiguos reflejos de personas que permanecieron dentro del cristal a lo largo de su historia. A veces le hablan, pero Nazario no parece escucharlos, o notarlos. A Umpiérrez, por el contrario, aquella multitud de personas, el tumulto de tiempos y voces, lo irritan; los evita.

NO FICCIÓN SEGÚN LARITA

Larita ha preguntado a su padre respecto del libro en su mesa de noche, el que tiene en la cubierta al tipo sonriente con sombrero. Su padre ha respondido que es el relato que el del sombrero —cierto muerto que canta en inglés, los domingos en que su padre amasa espaguetis— ha escrito sobre su propia vida. Según parece, descubre Larita, alguna gente encuentra estúpidamente interesante saber cómo es la vida de otra gente, al punto de que se escriban libros a propósito de ello.

Esto es lo que ha inspirado a Larita a producir su autobiografía, tan pronto se le antojó olvidar lo estúpido que el concepto le pareciera en un primer momento. Como se le hace engorroso escribirla, ha decidido grabarla en audio, en el ordenador, que es más rápido y práctico. A fin de cuentas, un cantante escribió la suya en lugar de cantarla, como hubiese sido lógico.

Tras relatar y comentar un par de anécdotas sobre Hilda, Carlitos y algunas aventuras con finales de castigos, ha caído en la cuenta de que, en el caso de alguien tan joven como ella, que ni siquiera ha muerto aún, habría mucho más para contar si lo relatara en sentido cronológico inverso. Y, en efecto, es así cómo el relato fluye mejor en intensidad. Su muerte, las espontáneas y acongojadas multitudes desfilando por las calles de su barrio y de otros países, son un comienzo poderoso.

Desde un primer momento hubo de tomar algunas decisiones difíciles. Es natural, se trata de su vida, a fin de cuentas: sabe que el tiempo atropella, que no hay retroceso. Por caso, hubo de sacrificar su planteo inicial de constituirse una vieja gloria del rock, tras sonsacar a su padre que, para que la biografía de un músico de rock valga algo, es menester que éste haya muerto joven; una tendencia que sería inherente al oficio, además. Su padre le ha dicho, de camino a la escuela, que las historias de *rockeros* viejos son una retahíla de fiestorros, banalidades y cuasi-pensamientos originados en neuronas residuales y sinapsis *interruptus*. Larita no tenemos ningún interés en que su vida se reduzca a un fasciculito intenso y reconcentrado, o que la recuerden

como una insustancial gansa. Su vida será una de libraco, de los que pesan por donde se lo miren; u oigan. Necesita, por tanto, tiempo para ejecutar su existencia con minuciosidad, la longevidad es imprescindible, y si para ello es condición abandonar el rock, pues sea.

En lo referido a la construcción, ha intentado asesorarse respecto de la forma conveniente de articular un relato. *Googleó* bastante más de lo que ha sacado en limpio, pero le quedó claro que, para que una obra sea llevadera, es necesario inyectarle variantes y ritmo. Así es que habrá de distribuir unas cuantas viudeces y divorcios, aunque lo considera un aspecto más bien colorista y supeditado al desarrollo de sus diversas actividades. No se imagina diseñando puentes mientras un tipo como su padre parlotea y amasa espaguetis, o lavando la Copa del Mundial de Triatlón porque algún Carlitos se ha servido la Coca-Cola en ella. Aunque encuentra entrañables a su padre y a su primo, Larita intuye que hay una propensión consustancial con el género a cierta falta de visión y tacto.

Respecto de cuál será el hecho que le granjeará el Nobel —otro asunto pendiente—, así como su ubicación cronológica, tiene la certeza de que se manifestará por sí mismo durante el desarrollo; no se le escapa que los

mejores hombres y mujeres saben dar la talla en el momento exacto en que la Historia los convoca. Siendo precisos, no es que le quede del todo claro el significado de esa frase, pero la escuchó en una película que veía su padre, dicho en un tono lo suficientemente sobrio como para darla por cierta y utilizarla a la primera oportunidad que se presentase.

En definitiva, queda pendiente bastante coordinación, mucho por hacer. Lo que cuenta es, más allá de alguna ocasional y razonable duda o demora, llegar a la infancia y contemplar el camino recorrido con la convicción de que ha valido la pena. La suya será una vida extraordinaria que a nadie dejará indiferente.

SUEÑOS EN NAZARIO

Nazario desconoce a cierto Nazario que habita todos sus sueños, que bien no tiene nombre, o cuyo nombre no se da a conocer. Nazario cree que no sabe que ese reflejo de Nazario existe en sus sueños; cree que sus sueños no existen, presumo, por un mismo motivo.

Las palabras no suenan en la boca del Nazario sin nombre que habita los sueños de Nazario, sino que se leen en enjambres de insectos diminutos que salen de ella, que las dibujan, en cursiva.

Cuando aquel cuyo nombre no se da a conocer aparece, Nazario somos un espectador suspendido en el cénit del sueño, que lo observa ingresar y atravesar el campo en el que transcurre, lo ve estacionarse en el centro. Desde allí, la muda frase de insectos es pronunciada. La frase persuade al sueño y éste comienza a destejarse punto a punto; va destejiéndose de fuera hacia adentro, de abajo hacia arriba; hacia la silueta del que no tendría nombre, hacia la frase que va

olvidándose a sí misma, que se vuelve un enjambre de insectos diminutos como puntos, destejiéndose uno a uno; hacia Nazario; punto a punto hasta el cénit se desteje; todo sueño deja de ser y de haber sido; sólo queda ausencia incolora, llana y desierta, el olvido desde el cual, eventualmente, Nazario despertará.

INSPIRACIÓN Y URGENCIA EN LAURA

La música arrecia como hace un momento urgía una calada. Laura va pintándola, pinta la música en zigzag, trazos breves en zigzag, círculos y líneas verticales cruzan líneas horizontales, llenan espacios, la pluma posa acordes llenos de piano sobre el papel que ha surgido con urgencia del morral que ha dejado de existir en una silla que ha dejado de existir. La plaza, transeúntes, las palomas, se han esfumado; los ruidos que producen enmudecen ante el *pianissimo* que comienza a ser pintado sobre la hoja sobre la mesa, cuando Laura empieza a transcurrir en tiempos diferentes. Pinta rápido, Laura, porque la música se le adelanta y ella reacciona apremiada, como si fuera a escapársenos el enjambre de círculos negros en cascada que un piano pinta en tonos Saint-Saëns; acordes, pinceladas breves, ligeras, se deslizan en descenso como martillando sobre espuma, montadas en instantes que llegan a Laura, los acordes se consumen hasta un encuentro con el silencio que conduce al silencio en el

que se apoya un chelo para brotar *rallentando*, reteniendo desde atrás al tiempo que rige todo lo que suena, el pulso

1 2 3 4 1 2 3 1;

chelo nace leve y crece, va liberando luego el tiempo; el chelo y su urgencia por ser pintado; Laura lo alcanza, lo acoge; Laura apenas notamos el roce húmedo en la mejilla y los latidos justo antes de que la pluma pinte el fin del descenso: acordes hacia el silencio hacia el silencio hacia la cuerda que abarca toda la piel de Laura y la atraviesa hasta erizarla, hasta que toda la piel confluye en el vértice de la pluma que pinta. La música adelanta: suena *moderato*, pero discurre *vivace* en el otro tiempo que discurre en Laura. El color largo y rugoso de una cuerda del chelo, el sonido de la cuerda del chelo que tiene el tacto de un tronco, tiene prisa por fundirse en las curvas que pinta el piano, que suben y bajan cruzando la línea oblicua, grave y rugosa que excitan arco y cuerda: suena el color de la cuerda frotada y tiene prisa por llegar entretejido con las oscilaciones de las cuerdas martilladas; ansía llegar a la pluma apretada en la zurda y la empuja, entonces suena lenta y discurre veloz frotada en el papel, vibrando desde el extremo de la pluma, desde la pluma hacia el cuerpo de Laura, y desde el cuerpo, cuerdas, arco, teclas, martillos, olean, vibran vértigo a la pluma, hasta el

papel donde las olas rompen y se devuelven mansas, donde es pintado el sonido largo y menguante; y una línea vertical, fina. Otra, cargada de tinta.

Sonidos húmedos han nacido desde sus ojos, desde el color del café que ha de estar helándose en la tacita que es un recuerdo regresando a Laura, el color del café que vibró cuerdas en Laura, en una tacita a la derecha del cuadernillo pentagramado, en una mesa de una plaza que es un recuerdo regresando a Laura, o al que Laura regresa.

Ahora el aire contenido se escapa, dilata y entibia la nariz desde dentro en una espiración larguísima, disipando el humo azul de un cigarrillo que agoniza; cede la presión de los tres dedos entumecidos. El foco se abre y deja ver la pluma a la izquierda; el foco crea de nuevo la taza a la derecha y el cenicero en línea, más lejos; la hoja en el centro. La piel comienza a recordar el frío pero la plaza sigue muda; el residuo de armónicos se parece al silencio. Va haciéndose más pequeña la partitura que los ojos de Laura han enmudecido, ojos que lentamente alejan el papel hasta que las costillas sienten el respaldo del asiento como un alivio; toda Laura satisfecha, agotada, enciende un cigarrillo con el otro que se extingue.

Levantamos la mirada. Y suena la plaza.

DE: LAURA A: ARIEL / IDA Y VUELTA

En Ariel domina eso que —fuera de Ariel—, se llama silencio. Lo primero, antes de posarme en él, entonces, es atravesar el vidrio dejando todo sonido atrás. Luego advierto las presencias que lo habitan: Laura, versos, colores, calles, recuerdos; sobre todo Laura y palabras escritas en papel, o escritas en el aire por manos que bailan; atravesando, colmando, está lo que —dentro de Ariel— no tiene nombre y suena así: .

Como casi todo de este lado, dentro del vidrio que separa lo que es el continente Ariel de lo que no lo es, el aire es singular. Es ligero como el de una cima, es aire que parece ausente, o diluido en muchas partes de silencio.

No me detengo porque estoy de paso. Llego hasta la frontera de Ariel. Apenas la he cruzado, el camino que me conduce a Laura y yo comenzamos a sonar.

Pienso en la continuidad de una ladera rocosa que cae inmóvil en el mar, en el contacto y el alboroto de las aguas que no contagian a la impasibilidad de la roca. Es

una forma apropiada para describir mi percepción mientras salto de Ariel a Laura en la mesa de la plaza de un pueblo, de la sordera al vocerío y de nuevo a la sordera, cuando trepo nuevamente a Ariel que me suena a piedra, antes de volver a saltar hacia y hasta Laura que no para de sonar, y durante el trayecto en el que el sonido bautiza al silencio.

Laura suena a un acorde abigarrado que en Laura se dice *cluster*. Si la plaza escuchara en Laura, ella sonaría a *cluster*, a sonidos en aparente tumulto. Desde Laura los ruidos en la plaza de un pueblo atropellan, bienvenidos todos, al entrar a ella se desmadejan, se organizan: el claxon breve y lejano pasa y sin interrupción se acomoda entre dos líneas, clave de sol; la silla que Ariel arrastra, al estante del ruido blanco; un bebedero gotea en *fa*₂, *lentissimo*; el frenazo de una furgoneta se cuele en una obra de Edgar Varese; un pájaro puede dejar de serlo si ella lo traduce a un flautín, y acabar pintado en la hoja de papel pentagramado, una red siempre agazapada en su bolso. Para comprender el silencio en Ariel, aprehender una dimensión que se parece en algo al tiempo y lo blinda, Laura necesita imaginar a Ariel dentro de un grueso vidrio que existiera, como el tiempo, en una sola dirección.

Ariel desliza el libro sobre la mesa, lo aparta; Laura levanta la vista y lo miramos de frente. Ellos se toman las manos sobre la mesa y yo juego a que los dos brazos unidos son un tobogán que baja y sube, una invitación, boleto o excusa, un puente innecesario para que yo juegue a ir y venir de los sonidos de Laura al silencio de Ariel.

Para comprender un *cluster*, aprehender desde su sordera el interior superpoblado de sonidos de Laura, Ariel necesita imaginar la coherencia que se disimula en un texto cifrado, o el caos engañoso de un panel. Cuando estoy en Ariel pienso en la cima de la ladera rodeada de mar durante una calma chicha que nunca acaba. La ausencia de viento blindo en el silencio a la cima de la roca, la distancia enmudece al agua y su agitación.

Laura se aviene al silencio en Ariel. Desde Ariel la veo mirarnos fijo y de frente, luego hacia abajo, antes de golpear varias veces con su mano libre la cuchara contra la taza apoyada en la mesa en la plaza de un pueblo. Cuando deja la cuchara y suelta la mano de él, comienza un baile con sus dedos, o mueve la boca. Me doy cuenta de que sus manos y su boca, en sendos idiomas, nos hablan del sonido que en Ariel es una cuchara

aporreando una taza. Ariel ve el ritmo. Ariel ha leído con exactitud el tiempo que separa cada golpe del siguiente, Laura lo sabe.

—Un triángulo —lee Ariel en la boca de Laura que articula con énfasis.

—Una frase para triángulo. Incluí un triángulo en un pasaje de la obra, durante doce compases. Y lo tocarás tú en el concierto —agregan las manos de Laura y cierran filas con la boca. Luego una sonrisa que Ariel correspondemos con media, socarrona.

Laura repite el movimiento de la cuchara sobre la taza. Desconcertados en Ariel, leemos, instintivamente medimos el tiempo que separa cada golpe del siguiente, la distancia que cada golpe abre entre la taza y puntos imaginarios en el vacío, la tensión de los músculos de la mano y la muñeca de ella; mecánicamente imitamos a Laura en nuestra taza.

—Mejor me escribes un concierto para bolígrafo. Lo presentamos en la Asociación de Sordos —responden a Laura las manos de Ariel.

El rostro de Laura se arruga para devolverle una burla; su boca: —No es broma.

—Ni borracho —serias, gatillan las manos de Ariel.

Veo las manos de Laura, mudas, descansando en el

borde de la mesa, y luego a ella recostarse, sonriendo, sobre el respaldo de la silla, sin dejar de mirarnos. Con parsimonia enciende un cigarrillo.

Las manos de Ariel, graves y lentas como la resignación: —Ya, no vas a parar...

Tiene razón; estamos mirando los ojos de Ariel, Laura reímos.

COMPARTIENDO LA CARGA DEL ALTÍSIMO ZAMPETTI

No comprende por qué no se piensa en ellos, en sus dificultades. Se dice que, claro, qué fácil simpatizar con los gordos, tan simpáticos, redondeados, o que no caben en el asiento de un avión, injusticia. Injusto es tener que existir viendo a todos más bonitos, pues los rostros se diseñaron para ser contemplados desde arriba.

Los marcos de las puertas se ensañan, los picaportes y los espejos quedan bajos, pero es cuestión de acostumbrarse, depende de uno. Los agujeros de la nariz, en cambio, son irremediables, de dominio público, ajenos. Espanta descubrirse en las fotos como si se llevaran gafitas oscuras, del tipo John Lennon, por bigote.

Los íntimos, delicados, dicen «fosas nasales». Sólo los pulgares de ellos avisan, rozan dos veces sus narices, disimuladamente, como si les picara, cuando algún moco se deja ver desde allá abajo. Los demás se burlan en silencio o a sus espaldas: tan lamentable como cierto, según he podido comprobar.

ESPEJOS EN LAURA

Una vez, Laura frente a un espejo pensaba que Laura, en el espejo, no sería Laura; o que sería una marchitando dentro de ese silencio blindado, ese sonido demasiado perfecto.

ESPEJOS EN ARIEL

Ariel recuerda que, una vez, un Ariel niño frente al espejo se preguntó si sonaría en el Ariel en el espejo.

DENTRO DE VIDRIO EN ARIEL

Para mí, Ariel es dentro de vidrio —sin sonido, no hay silencio—. Un grueso vidrio, y el resto, detrás.

En Ariel dentro de vidrio, un contrabajo es un fragmento de árbol bellamente muerto. Es una prisa en la pluma en la zurda de Laura, a veces; es la mano de Laura que nada puede decirle porque está ocupada, porque un contrabajo se le escapa y ha de escribirlo; es parte de algo que sobrecoge a Laura, la sitia, la ocupa y se la arrebató en un idioma que Ariel desconoce. El contrabajo es líneas, círculos negros o huecos, inquietos en un puño de Laura hacia la tinta, hacia el papel. Es el recuerdo en Ariel de las oscilaciones del fragmento de un árbol muerto que se trasladaba desde el suelo hasta sus suelas, y el roce del terciopelo del respaldo de una butaca que vibraba, en un teatro, un día, tiempo atrás.

En Ariel dentro de un grueso vidrio, la batalla de Verdún procede parca como un verdugo. Cuando Ariel recorremos Verdún desde las páginas de un libro, imagina

la arenga de un General; su crispación y ademanes son una lectura cómicamente desesperada y tensa, la mandíbula del General acribilla al aire con frenética nada como una Olivetti que tuviera todos los tipos enfundados; libra la batalla multitud de Charlots urgidos y aterrorizados, o boquiabiertos, tensos y ateridos. Cuando Ariel recorre Verdún desde las páginas de un libro, la metralla no presagia con el silbido que el libro dice y que él no sabe leer; la carne y los huesos no crujen, porque la metralla atraviesa la carne y astilla huesos pero no el vidrio, la metralla es el calor súbito de la sangre o el dolor irrumpiendo. Si Ariel se imagina moribundo sobre la tierra en Verdún, el viento no entona el recuerdo de un parque de su infancia un día de borrasca, el viento es sólo bofetadas de aire, hay el tacto frío y húmedo de la tierra, el olor a pólvora, a excrementos y humores, a miembros esparcidos. Yaciendo de espaldas en el campo de Verdún, el viento lo abofetea, el cielo es enorme, el dolor y el cuerpo van desapareciendo de él dentro de un vidrio que se extiende hacia abarcarlo todo. Ariel dentro de vidrio cierra el libro, levanta la vista para leer los andares de Laura, idioma conocido, para escribir un verso que, súbito como la metralla, lo ha sitiado y ocupado.

En el pueblito, un camión cruza el frente de su casa y

evoca en el suelo de Ariel, sentado en un sillón, de espaldas a la ventana, los compases durante los que contrabajos, tubas, barítonos y timbales de una sinfónica acometían unísonos, un día, tiempo atrás. Ariel abandonamos el lápiz sobre el trozo de papel; presionará las plantas de los pies con fuerza contra el suelo hasta que el camión se aleje, para recordar mejor el índice largo de Laura que recorría el frente del escenario, señalando los contrabajos, la sonrisa articulando bien, bien de frente a los ojos de Ariel. A menudo le gustaría que Laura estuviera cubierta de bocas y ojos, abarrotada de manos, aunque desde hace mucho sabe leerle el paso, el culo, la espalda.

Ariel está sentado en el sillón, frente a la mesa baja sobre la que hemos dejado el libro. En la cubierta, soldados retroceden, inmóviles, frente a la tierra que asciende desde el boquete que en el suelo abre una bomba. Nos detenemos un instante en la tierra suspendida en el aire de Verdún. De inmediato, los nudillos de Ariel rebotan dos veces contra la tabla de la mesa, a la derecha, entre el lápiz y el papel con versos nuevos.

Ariel no sabe leer ni remotamente tan bien una bomba como los vaivenes del culo de Laura, aunque

intuye contrabajos y camiones. Los nudillos, dos golpes macizos, y ella se manifiesta como un fantasma; la aparición que veo es la silueta de Laura que Ariel ve, y que pronto cruza el vano de la puerta de la cocina, el comedor hacia la sala y se acerca, se encoje frente al sillón, en cuclillas lee el verso nuevo que un dedo de Ariel señala. Laura se enciende, encendida nos mira los ojos, sonríen todos los ojos; se incorpora, se vuelve, se aleja atravesando la sala de regreso al comedor, a la cocina; la espalda va y cuenta que el verso es su ternura escrita, que tu ternura, Ariel, que el aceite está caliente y huele, y es que el aceite está caliente y huele, Laura, hace rato... qué pena tu espalda, Laura, que tanto cuenta pero no sabe leer.

Sí, abarrotada de manos, porque sus manos. Sus manos. Cómo dibujan sentido, cómo le perfuman el aire las manos de Laura. Cómo tocan el aire desde el otro lado de la mesa que la enmarca cuando ella vuelve y se sienta frente a nosotros, en la distancia que es breve y nos muestra sólo una fracción de Laura. Cómo el sentido surge desde dos puntos en el aire, los dos puntos se hacen líneas y curvas y se dirigen hacia un boceto, las manos despojan al aire del aire que sobra para que el boceto quede esculpido en el aire que queda, en el

sentido que ha cobrado el boceto y se revela; cómo ha cobrado sentido el aire, cómo se va llenando de detalles, de colores, de todos los matices que baila un enjambre desde sus manos. Las manos bailan sentido y lo suspenden como polvo que viaja hasta tocar a Ariel atravesando el aire, el perfume y, automatismo, Ariel presionamos las plantas de los pies contra el suelo, como si pasara un camión o acometieran un montón de contrabajos. Vibra Ariel, vibra un yunque dentro del vientre de Ariel: Laura.

Ariel, el vidrio, sí. Las paces con el vidrio, sí, como con un lunar o el pelo ralo. Sí, pero imagina. Laura dice gemir cuando tiembla, se estremece y vibra, por ejemplo, y Ariel imagina un Tiziano al que le hubieran arrebatado el rojo, confirma que desearía que los gemidos de Laura, un día, vibraran hasta romper el vidrio; desearía leer la fricción de las suelas de Laura en las baldosas, cuando se ha puesto en pie, alejándose: no sólo leer, con la mirada en sus pasos, que está cantando, sino leer con tímpanos cómo canta y frota el suelo de baldosas con los pies, desearía que fuera necesario, posible, decirle que ya, levantando la mirada, dejando caer las manos y el libro abierto sobre el regazo, decirle que ahora está leyendo, que por favor. Mientras sus palmas olvidan el tacto satinado de las tapas,

le gustaría la muerte ensordeciendo cuando recorre Verdún desde las páginas. «¡No pasarán!», se rompe la garganta del General Nivelle. Desde Ariel dentro de vidrio, contemplo Verdún y me parece aún más cruel, desesperado.

Nivelle tuvo una voz. Ariel desearía saber imaginarla; se detiene. Inmóvil, levanta la mirada; a través de vidrio, descubro la poesía que le escriben los andares de Laura.

ESPEJOS EN ZAMPETTI

Cuando Zampetti estamos frente a un espejo, usualmente veo otra cosa: un trozo de pared o de marco, un aplique.

PENALTI EN ROBERTO RODRÍGUEZ

«Tu madre es puta y la que parió a tu madre también, Ignacio», piensa Roberto, acalorado (he saltado al campo en un momento álgido).

—Tranquilo Nacho, éste lo paro como que hay Dios —pronuncia Roberto, casi simultáneamente, a la vez que frota con su manopla la cabeza sudorosa de Ignacio.

«Si hubiera Dios jugarías en el equipo contrario, cabrón. Qué bestia eres, te faltó meterle un dedo en el ojo y el zapato en la boca, ya te veía venir. La grandísima puta que te parió, Ignacio», retumba en Roberto.

—No lo tocó, referí, no sabía que soplar a un blandengue fuera falta —dice Roberto cuando pasa junto al árbitro. Veo al árbitro cruzar su boca con el índice y señalar la portería, sin siquiera dirigimos la mirada.

Roberto Rodríguez cierra la boca, pero yo escucho sus lamentos: «Justo contra éstos, que tienen a Casas de diez. Para mí que nació deforme, Casas, por eso tiene un

guante en el pie. Justo hoy que me tragué el primer gol por manazas, Ignacio, serás hijoputa. Si empatábamos se olvidaban todos. Pero Casas me lo va a embocar, y dentro de tres minutos habrá diez mil tipos cagándose en mí solamente porque eres un potrillo, Ignacio».

Roberto Rodríguez se acerca a Casas y le dice antes de dirigirse a la línea de la portería: —No hace falta que lo patees fuera, Casas, me tiro a la derecha, esta vez me tiro a la derecha; tú pégale suave y no lo ajustes mucho porque tengo los brazos un poco cortos... no vaya a ser que se me escape. Me tiro hacia ese lado, que me llegue por ahí, más o menos, ¿ves? —señalando un punto en la portería. Casas ríe y nos despide con una palmada amistosa.

«Si pudiera me tiraría al túnel de los vestuarios, Casas. Te contaría que tu mujer está con el lechero y con el de la charcutería, y que me voy pitando porque no es de caballeros hacerla esperar, pero quizás no se entienda como un gesto muy deportivo», es la apostilla del soliloquio mental de Roberto, mientras se gira, resignado, y se dirige a su posición.

Ya bajo la portería, Roberto se vuelve y ve a Casas acomodar el balón. Mira los postes para asegurarse de que se ha ubicado bien al centro. Quedan desoladoramente

lejísimos. Roberto damos algunos saltitos, escupe los guantes, los frota y espera.

Desde aquí, el silencio de veinte mil personas suena insoportable, la mirada de todos esos ojos pesa como un estadio. Suerte, Roberto, te dejo porque llego tarde a Casas.

PENALTI EN CASAS

Creo que sería un exceso calificarme de pusilánime. Se trata de simple comodidad, como levantarse de la silla para ir a repantigarse en el sofá. Noto que con la experiencia me vuelvo más ágil; es un traslado corto pero, en otro momento, la tensión quizás lo habría tornado arduo. Al llegar a Casas la situación es, sin duda, más llevadera, aunque tampoco es como comerse un helado.

— ...eres un cachondo, Rodríguez, sí, pero resulta que te lo voy a patear a dónde me salga de los huevos, ¿sabes qué te digo? Que este calvito es amigo mío y lo vas a ir a buscar al fondo... Es un muerto Rodríguez, sólo hay que ver como salió en el centro del primer gol, nada más le faltaba el tutú... ¡si Orlandi no hacía un gol desde la guardería! En el fondo es peor, porque si me lo ataja esta momia voy a tener que salir disfrazado... Bien acomodadito, balonito... ahí, quédate quietito ahí, majete... eso... Qué silencio, alienten un poco, joder...

serán cagados... después para insultar se lijan la garganta... Está chalado Rodríguez, me hace muecas ahora, ah no, me parto de risa, mejor no lo miro. Venga, le pego fuerte y alto... no, ni hablar, si Platini la mandó a la grada en el '86 y todavía se acuerdan todos, mañana: «Casas, como Platini» en los periódicos, con las dos fotos... no, es preferible que me lo ataje el cadáver... al medio tampoco, Rodríguez está tan loco que es capaz de quedarse parado y hacerme quedar como un gilipollas... Para ya de hacer muecas, colega, por el amor de Dios... es un muerto, pero mira que es gracioso el cabrón... Uy, ya pitó, ¿qué pasa, referí? ¿se te enfría la cena?... Venga, tiremos la moneda, Rodríguez, le pego bajo y esquinado... a la... izquierda... sí, a la izquierda que la meto siempre, venga, va, respiramos, y... al lío...

...Aynojoeder,

quetodossabenquealaizquierdalametosiempre...

lamadrequelos... jod... uf... ¡venga, a la der...

JUHEGO HEN LYLYHANA

Hez hun juhego cequireto ke helya hegecquuta komo hun hahutomatyzmo hi kon huna mynusyhosydad prodyjyhoza. Ha my me rezulta pegajozo hi aztihante, pero helya lo ase kon havzoluta fluydes. Cy desydy bysyarla fuhe, presyamente, porke me liamaba la hatensyon ke heccystyece perzona tan haparentemente quorryente, censylya hi hapasyvle. De echo, hal liegar ha helya la alie mui hagovyada por la hedukasyon de zu yjo, preguntandoce cy hen berdad lo eztarya asiendo vyen, hi cy hel kolejyo ke a ezkojydo para hel rezultara cer hel korrequto.

Pero pyhenza kon tantaz faltaz de hortografia komo hez kapas. Deve de lievar tyhempo asyendolo, porke no ce hesplyca ke lo aga kon cemejante hezpontanehydad. Lo maz estranyo ez ke pyence hacy hi konciga hezcryvyr hi avlar perfequtamente vyen. Hahunke pyhence de hezte modo hestranyzmo, hen jeneral me parese huna muger vantzante normal. Pyhenza hen laz cozaz

avytuhalez: secso, normal, travajo, normal, yjo, normal, komer uebos rebuheltoz, normalez, facqutura de la lus, normal, hyncluzo hen ke hel futvol le parese hun henjendro avorresyve, normal. Zozpecho ke hal prynsypyo le quauzarya grasya, pero haora ny zykhera hezo: zymplemente byzuhalya zuz penzamyentoz komo hun teletypo, qureho ke no puhede hebytarlo. Jamaz ymajyne ke ze podrya penzar komo hun teletypo, ha cemejante belosydad hi ensyma, hecsprofezo, kon faltaz de hortografya. Hez hebydente ke ahi jente normal ke pyhenza de formaz muhi hestranyas.

A TROMPICONES EN IRENE

Algunos destinos pueden evocar la sensación de navegar, o de deslizarse sobre un tobogán. Pero en las hermanas Loyola, por diferentes motivos, se siente como si me desplazara en un lodazal. Si en Liliana resulta engorroso, montarme en Irene es afirmar un tranco y hundir el que sigue, o el otro. Sin ser del todo consciente de ello, transita sobre un tablado carcomido y viejo.

Irene dice a su marido, por ejemplo: «Armando, oye, esta mañana, mientras iba al veterinario... qué desmejorado está el veterinario, ¿lo has visto últimamente?... yo no sé... para mí, ese hombre, de verdad... Armando, ¿te queda mucho con el baño?».

Pese a los años que llevan juntos, él sigue considerándolo un hábito irritante, le dice que no puede ser tan difícil acabar una frase, una, Irene, una. Ella lo sabe, asiente, piensa que en el fondo, se dice que quizás podría evitarlo si, por poner un ejemplo, un ejemplo al

azar, muesli, supongamos, Armando debería tomar algo para regularizar el tránsito intestinal.

Aunque todos creen lo contrario, la dificultad no se origina en el discurso, sino que desemboca en él. En Irene, por norma, los pensamientos terminan inconclusos. Y no es que no la apene, sino que algo invariablemente sobreviene y su pena no madura.

Si me alejo un poco, Irene es una noche estrellada de puntos suspensivos, cruzada sin pausa por las estelas de proposiciones fugaces que se apagan en una noche estrellada de puntos suspensivos.

ARMANDO SE AUSENTA

Ocasionalmente, Armando descubrimos, por ejemplo, que se le ha extraviado la transición entre el fastidio que Irene, gritándole desde la cocina, despierta en él, y una carcajada compartida con Tulio y el Barba en la mesa del bar. Ni siquiera es capaz de estimar el tiempo transcurrido entre uno y otro evento hasta que consulta el reloj. Lo advierte, no le da mayor trascendencia; cosas de la edad o el estrés, se dice. Recuerda que suele descubrir en él mismo y otras personas conocidas, al salir del cine, recapitulando y debatiendo, que ninguna ha retenido el nombre del personaje principal. Y nadie le da mayor importancia.

Una exploración en Armando revela, no obstante, un fenómeno diferenciado de los ordinarios deslices de la memoria, o de las secuelas a largo plazo del cannabis: el *efecto Irene*, o *EI*. Es fácil deslizarse con él por la pendiente que desemboca en la zombitud, y sólo en el quinto ensayo he conseguido la suficiente distancia del estado en Armando para identificar el proceso y sus fases.

El *efecto Irene* se origina en una clave variable, oculta en el discurso intrincado y zigzagueante de ella, en combinaciones que lo conducen hasta un estado de cero integral. El discurso de Irene actúa como un frenético péndulo de hipnotizador, o una araña que teje tan cándida como eficaz.

La inmovilidad resultante de una llave grecorromana puede dar la impresión de provenir de un movimiento aislado, de la lectura certera de un desequilibrio o un descuido del sometido. Lo usual, en realidad, es que el luchador dominante oriente los movimientos del rival a través de los propios, lo guíe por un itinerario intencionadamente velado hacia ese epílogo de impotencia y, en algunos casos, de hipoxia. Del mismo modo, cada frase de Irene, cada inflexión, salto y giro del discurso, se adhiere en algún espacio de las articulaciones vitales de Armando, se fijan en ellas sin que él lo perciba, ni sea capaz de anticipar que están cerrando un lazo sobre su actividad, hasta que, sin advertencia, como un interruptor, lo convierten en un espacio vacío, lo instalan en una forma de coma jamás censada en ninguna enciclopedia médica.

En los sentidos del observador, los fonemas que emite Irene soplan en Armando un polvillo, partículas finísimas, imperceptibles, que se multiplican siempre que no

consigue interrumpirla a tiempo. El ritmo con que se propagan hasta convertir a Armando en una botella de gas lechoso, sumirlo en su perfecta viscosidad, se muestra lento y plantea una paradoja, pues se diría inversamente proporcional a la velocidad con la que Irene profiere conceptos truncos e inconexos, y a la curva de la crispación que lo intoxica. Instalado en el cónyuge devenido autómatas, el visitante consigue una perfecta comprensión de la Nada.

No afirmarí que no existe, pero no hay, en apariencia, un patrón que dispare *el efecto Irene*. Puede que se trate apenas de un límite de tolerancia traspasado, o de una forma de claudicar.

Mientras dura el *EI*, me asalta la certeza de que podría incorporarme a Armando con plenas facultades, siento el impulso de dirigir su mirada o gobernar sus falanges; propinar a Irene un piquete de ojos con dos dedos de Armando parece factible, la tentación de profanarlo así, o de cualquier otra forma, es intensa.

Usualmente, recobra sus facultades al cabo de unos pocos minutos, sin secuelas ni consecuencias para su integridad física.

LLAMATIVA EVOCACIÓN DURANTE LA VISITA A JESSICA

Que Jessica evoque en mí a un cirujano es inesperado. Opera decidida y certera, sin distraerse tiene un pensamiento para aquel hombre del gimnasio que la ha invitado a salir ayer, que dura un instante. Jessica procedemos sobre el cuerpo que se mueve sin vida, sin historia, como lo haría un cirujano de guardia (tendrá que comprar cena: ha olvidado sacar el pollo del congelador); con seguridad conduce sus movimientos hasta quitar del cuerpo sin historia algo que el cuerpo sin historia no quiere que esté en él. Jessica se envuelve luego en una toalla y se apresura hacia la ducha, pues la espera otro cliente.

ANTES DE LA NÁUSEA EN EL DR. MENDIZARROSA

Espero se trate de una extraordinaria casualidad. No tengo constancia de que mi presencia pueda influir de alguna manera, pero la sola idea me asusta. El Doctor Mendizarrosa es un cirujano reputado. Cabría preguntarse qué me trajo a Mendizarrosa en estas circunstancias. Lo entendería, yo mismo me pregunto a veces por qué la gente viaja a esos sitios devastados, infecciosos, o en los que de antemano se sabe que la dieta se basa en insectos.

Los quirófanos son espacios desangelados e irreales. Creo que eso es, precisamente, lo que me motiva: es éste, no Wembley, el Maracaná o Roland Garros, el estadio en el que se juegan las finales definitivas. Sin embargo, la única partida importante se libra en un sitio sin tribunas ni color. No existen alientos ni relevos, no hay héroes dispuestos a irrumpir desde el banco o soldados que abandonen la trinchera para darlo todo y salvar el día. El jugador yacente gana, empata o pierde,

sometido, atontado y solo, en un espacio que tiene el aspecto de una forma angustiante de estar muerto.

El tedioso itinerario por el doctor me resulta soportable. Trae a mi memoria algo que sostenía una vez mi amigo Abel sobre los cirujanos: que el último repaso mental frente a la mesa de operaciones debía de parecerse al tablero de un general, con sus mapas y miniaturas. En el caso de Mendizarrosa, al menos, es más comparable a una lista de la compra; me recuerda a esos itinerarios que mi madre escribía en una servilleta cuando era niño: coger el autobús tal, al ver el cartel de la panadería equis dar aviso de parada, no bajar hasta que el vehículo se haya detenido completamente, ante cualquier problema llamar al número blablablá-blablablá. Abel intuía a un piloto en emergencia amaestrando adrenalina, porfiaba que un cirujano se movería entre la templanza y la pasión de su instinto de salvador. Nada de eso: apatía, tal como yo lo había anticipado. Me resulta soporífero y tolerable, decía, hasta el momento en que comienzan las incisiones con vistas. Es entonces cuando tomo conciencia de que quizás he sobrestimado mi valor y mi tolerancia.

No sé si sea posible vomitar durante mis paseos, o las consecuencias que pudiera tener, pero, ante la duda,

escojo partir antes de perder la compostura requerida. Un momento antes de dejarlo, el Dr. Mendizarrosa observamos el único espacio de piel visible en el cuerpo de Jessica, y piensa jocosamente que, si pudiera volver atrás, escogería ser prostituto en lugar de un carnicero calificado. Espero se trate de una casualidad.

EFFECTOS COLATERALES: PREOCUPADO POR ARMANDO

Al salir de casa esta mañana, Armando hemos escuchado al perro de su vecino ladrar, un poco fuera de tiempo, *Buffalo Soldier*, de Bob Marley. Lo ha tomado con naturalidad.

AJEDREZ SRL

¿Por qué lo hice? Pues supongo que por lo mismo que se contrata un tour de compras, un crucero o se recorre Italia. Por lo mismo que pides una tabla de quesos o embutidos. No lo sé. Un experimento; aburrimiento, quizás.

Aldo Torre, el contable, vive pendiente de Josefina Caballo. Torre sabe que, al fin del día, los otros dependen de él, pero eso le da igual: siente envidia de ella. Es consciente de que lo consideran el más confiable; por viejo, por sólido, constante, previsible, porque estaba antes de que los demás llegaran, porque goza del privilegio y le conceden el aura solemne del que permanece. Permanece aburrido; hastiado, permanece, en su rincón eterno. Josefina, en cambio, uyuyuy, Josefina, *ohlalá* marketing y estrategias, agilidad y burbujas, globos y confeti, todos los ojos en ella, pendientes de sus inesperados movimientos, de que sus quiebres de cintura salven el día y maquillen los

embrollos en los que Reina los arrastra a todos.

Josefina Caballo sobrevive a base de pastillas al miedo a ser descubierta. «Josefina, Josefina, nuestra estrella y el futuro... apareces siempre por donde menos se te espera», la expone Reina delante de todos. Íntimamente ella siente... no, ella *sabe*, que no es más que un *one trick pony*, que repite un mismo movimiento que ella, cada vez con mayores angustias, disfraza y colorea para que no se note. Teme el día en que el fraude quedará en evidencia, la decepción de unos, la revancha de otros; le aterroriza la certeza de la vergüenza aún más que caer, y le atenaza la angustia de saber que ese día puede ser cualquiera.

Ricardo Peón está harto, está harto desde siempre, está harto desde el día en que por primera vez pisó Ajedrez SRL. Está harto de sudar, de entregar la vida para que otros lleven las suyas, siempre mejores que la de él. Está harto de que le digan que es el cimiento, que cada uno cumple una función imprescindible. Harto de escuchar que no ha de cejar, «siempre hacia adelante» porque al final del camino está esa meta que va a coronar tanto esfuerzo. Está harto de saber que son mentiras, de, en realidad, vivir mezclado, hundido en el montón, de barrer el suelo que pisarán otros, de ser un fusible; está harto de ser Peón.

Humberto Rey se cansa. Cuando se cansa, mira al frente y, de a ratos, se siente orgulloso. Así recupera algo de brío, se anima, respira, luego da uno de esos pasos suyos, cortos. Desde hace ya tiempo, en realidad, antes de dar el paso está deseando volver a su lugar, desde donde puede observarlo todo. Regresa y se detiene; piensa que ha habido que tallar, organizar, avanzar, aplastar para demarcar ese dominio. De a ratos, se pregunta si habrá valido la pena, lo inunda la conciencia de que ha ido perdiendo el nervio, de que la energía se le escurre y de que, con todo, habrá de seguir defendiendo el vasto tablero conquistado a base de vida; una vida que se le habrá escapado, hasta el último aliento, sin haber tenido tiempo para nada más.

Se siente culpable pero, con frecuencia, para Ignacio Reina es inevitable desear que el «viejo» se muera de una vez. No sabe, y en esos momentos no le importa, lo que ocurra luego: ya no puede más con la mochila, con las proyecciones, las frustraciones de Humberto Rey. A Ignacio la ilusión le ha caducado y le repugna saber que todo él es apenas un engaño, la prótesis del espejo de Rey. Le pesa la obligación de ser los músculos flexibles, su agilidad perdida, una marioneta. Reina ya no puede más de ser otro, pero es todo lo que ha aprendido a ser.

El hermano de en medio: así se siente Lucas Alfil. Se damos cuenta de que todos lo recuerdan para recordarse a sí mismos no olvidarse que está ahí, reconfortarlo, porque lo necesitan presto, siempre; para que tenga bien presente que, ojo, es importante, estable, un baluarte, el hombre en quien recostarse. Proteger y enlazar, salir al cruce, siempre en función de los demás, siempre cubriendo espaldas, un bombero, el que arregla los desaguisados. Todo lo que ninguno de ellos jamás haría por él. Por qué no se van todos al carajo, piensa Alfil: el jamón del bocadillo, ni chicha ni limonada, siempre a la expectativa de los movimientos de otros... cualquier día se deja tentar por *los del otro lado*, y se van todos bien al carajo.

Vaya hato de infelices.

SUEÑO Y COMPLICIDAD EN ARMANDO

Armando corre pues lo persigue el perro de su vecino, aquel al que una vez escuchó cantar. En su pesadilla, es un perro atterradoramente cruel y mordedor. No es que le conste, no aún, pero lo percibe, lo sabe como se sabe en sueños, y una pesadilla en la que un perro corre detrás de ti, y ruge, no es momento para ponerse empírico. Sin dejar de huir, coloca las manos primero en posición de ruego, palma contra palma, verticales y a la altura de la barbilla, y luego planas y paralelas al suelo, palmas abajo, moviéndolas desde dentro hacia afuera y de fuera hacia adentro, rápidamente: su expresión desorbitada pide que el sueño acabe, interpreto. El calor del desasosiego me sobreviene, pues ambos sabemos que es a mí a quien se dirige. Obedezco, no obstante, por puro instinto, empatía: le aplico una zancadilla cuando pasa a mi lado; cae de boca, y despierta en un sobresalto, aliviado.

EFFECTOS INDESEABLES EN EL TURISTA

Si Irene se te adhiere... uy, Umpiérrez... otro moco... ahora entiendo a Armando, le va quedando el serevro blando... decía de Umpiérrez: también es adhesivo... y el peligro... peligrosos los Nazarios... Hirene, en realidad, el peligro no es en sí Irene, más bien me pregunto cómo se hace para doblar un sueño. Hunpiherres los dobla, le quedan curvados, cuesta entenderlos, pero terminan. A veces no. Los pensamientos de Irene, en cambio, no más de tres veces por semana hay que regar los pensamientos, poco. A veces; no sé cómo hace. Umpiérrez, digo, no sé cómo dobla los sueños. Poco, terminan, en Irene. Mejor que no terminen, porque terminan en obituarios, los Nazarios; mejor si no se adhieren. Poco, los pensamientos en Irene

Kiziera probar a doblar mis propios sueños. Terminan a veces los de Irene, los pensamientos.

¿Ves?, eso sí me gustaría, curvados. Los Nazarios, sobre todo, mejor que no doblen, porque tienen esas esquinas peligrosas. Vaya, por zuherte es un momento y se me pasa. Mejor si no peor, pero por ahora no peora. Nazario, digo. Yo tampoco, lo del moco, espero no peore, a eso me refiero. Se me enmocan una poca, algunos... Umpiérrez, Hirene. Un rato; se me pasa. Debería de dejarlo por un tiempo. O usar chimenea.

SUEÑOS EN IRENE LOYOLA

Los sueños de Irene son como álbumes, o esos pases de diapositivas que antaño hacían las señoras a sus invitados, con té y masas: «Yo saltando de un trampolín hacia la luz verde de un semáforo», «Armando y yo tomando el aperitivo en una playa lindísima, muy tranquilos», «Aplauso eufórico durante concierto de Pink Floyd, yo muy joven y en tetas, encaramada a los hombros de Mahatma Gandhi».

Imágenes fijas u, ocasionalmente, micrometrajés, capturas de un instante en movimiento, como los que, sin querer, se hacen con los teléfonos al apretar una tecla equivocada.

En general, evito pernoctar en Irene, siento un miedo quizás no del todo racional a quedar congelado, fijo como imagen en alguno de sus sueños.

ESPEJOS EN IRENE

Irene, maquillándose frente al espejo, gritamos: «Armando, oye, yo creo que el tipo de la plaza no es... hhh... estará en casa a esta hora, Liliana; llámala, anda. El jersey, ¿vale?». Por un instante, durante la pausa entre frases, en el intersticio de la típica fractura semántica en Irene, me pareció ver a su reflejo mover los labios, pronunciar «loco», pedagógica, enfáticamente, como quien dicta, la boca rendondita. Por supuesto, es imposible; quizás el gesto característico tras pintarse los labios. Me satisface esa explicación.

**EVOCACIÓN DE MI VECINO JUAN EN LA SALA DE ESPERA DEL
CONSULTORIO DEL DR. MENDIZARROSA**

Las partículas flotan y cruzan los haces de luz que se dejan ver con la apariencia de alambres dorados, finos, tensísimos; Juan, niño, está observando cómo el sol de la mañana atraviesa los cristales entreabiertos, los rayos como líneas oblicuas, filosas, que en descenso seccionan el espacio de su dormitorio, abriéndose hasta insertarse en la pared, el suelo, en su madre que sacude las sábanas sobre la cama. Inmóvil, en un rincón, amodorrado por la imagen, la brisa, el calor, él se ha ausentado en la danza de pelusillas y polvo, exhibidos como estrellas opacas, diminutas, contra la claridad, montadas sobre el aire que se mueve.

Juan, absorto, vamos regresando, lento, desde un recuerdo que se había posado en una ventana entreabierta que da al interior de una manzana, hacia las paredes blancas, al reflejo de la luz contra el lustre de las baldosas, a las personas en la habitación, a la presión de

su propio cuerpo contra el banco, al ritmo del aire en su nariz y diafragma, y al perfume de la mujer junto a él, que se funde con el del ambiente aséptico.

Él no es del todo consciente de ello, pero el recuerdo le ha dicho a Juan que Juan, si le fuera dado, aún antes que el tiempo, escogería recuperar el asombro.

CARRERA LITERARIA EN FRED A TORTONESE

No es que esté loca, es que está decidida. Eso afirma. Sostiene que es evidente que alguien, alguna vez, tiene que hacerlo.

Se ha deshecho de las mesillas o, siendo precisos, las ha reemplazado. Su marido se ha deshecho de ella —probablemente la habrá reemplazado, supone Tortonese— tan pronto ha encontrado una forma de colar las maletas por el pasillo, entre los libros apilados o desparramados, del dormitorio hasta el rellano. Lo del marido es una contrariedad con ciertas ventajas: ahora dispone de más espacio y podrá prescindir, además, del televisor. Los leerá todos, no duda. Pero son más los que le faltan que los que tiene o ha leído, y entre el tiempo que requiere conseguirlos, trabajar y mantenerse con vida, es imposible sostener el ritmo y la calidad de lectura deseables. Pero los leerá todos. Alguien, alguna vez, tiene que hacerlo.

Se repite que no está loca, sino decidida, y que no

debería de ser difícil comprender que, en su situación, las cuestiones prácticas por solventar son innumerables, y las dificultades. Es ineludible recorrer, dedicar horas a examinar muchos anaqueles atestados en librerías de arrabal, asistir a subastas o convencer viejas o herederos, llevar la lista actualizada de leídos y por leer, organizarlos. Importunan incluso las cuestiones aparentemente sencillas como encontrar otra almohada tan pronto se aboque a Balzac, con lo cómodo que es. Sin embargo, aunque odioso, ni siquiera dormir, que ya significa muchas páginas, es lo más preocupante: le hace falta más dinero, más horas y leer más rápido. Su marido está convencido de que ella obtendrá la pensión por incapacidad; Freda discrepa, pues no está loca sino simplemente decidida. Aunque el dinero sería insuficiente, ganaría mucho tiempo y posibilidades. Si no se la concedieran, no tendrá más remedio que hacer alguna hora extra para costearse una vivienda más grande y los libros que le faltan, en cuyo caso leer mucho más rápido será imperativo. Por si no tuviera suficientes dificultades, Gogol, su perro, que de momento permanece con ella, está indispuerto. Afortunadamente se ha comido *El extranjero*. Son pocas páginas y es fácil de conseguir.

Las circunstancias son adversas, reconoce, pero los leerá todos, está decidida.

HISTORIA EN PÁGINAS EN FREDA TORTONESE

En Tortonese huele a polvo, a virutas de madera, a vigas y al insecto de un desván, a la humedad de un desván y a la humedad del aire junto a un río, a un insecto y a su peregrinaje desde un desván, hacia un tronco junto a un río hasta los durmientes de una estación; a vagón de metro. A vagones vacíos, bancos de madera. A vagones llenos y a sus bancos de plástico. A boletos de metros de muchos días, muchos tiempos. A vagón de noche, a escaleras de metro hacia parques de tarde de ciudades que Freda no conoce, de países que no conozco. A una gota de sudor vertida en un vagón en verano. A una gota de mostaza vertida en un almuerzo en un parque. Al sol de un parque. A la sombra de visillos en la casa donde una anciana recordaba haber estado enamorada. A la muerte de la mano de una anciana que, justo antes de olvidar, recordaba haber estado enamorada. A todos los aromas que transcurren en una flor, desde que es apenas fresca hasta que se

seca prensada entre dos páginas y no para de morir, recordar, mucho después de que los enamorados muertos la olvidan. Al cartón de una caja, al metal del encierro en la caja de un camión. Al purgatorio del extravío y a lo inverosímil y sintético de un preservativo seco, resquebrajado y adherido; hay gente que está muy mal, coincidimos. Lo que hay que leer, bromea Freda, donde huele al olor de todo en libros.

Detenido en Tortonese, comprendo que el olvido podría oler a una página leída y luego abandonada en estantes y desvanes. En Freda, sentir libro es constante; el estado que antecede al estornudo, también.

VISITA A LA AUSENCIA DE NOSTALGIA EN MI VECINO JUAN

Juan en el retrete recuerda su nostalgia. Hace un larguísimo momento que ha olvidado la baldosa que mira, ha olvidado su propia inmovilidad en la inmovilidad de la baldosa que ha olvidado, y el silencio y el retrete. De modo similar al que la repetición de una palabra erosiona su sentido, la nostalgia que solía ahogar a Juan, presuntamente, se habría ahogado en la nostalgia que solía ahogar a Juan.

NOSTALGIAR

Larita ignora que hay un nombre para un ahogo leve que, por primera vez, le ha nacido al recordar una siesta de una Navidad atrás, la vista del jardín inmenso y vivo de su abuela Hilda, las morisquetas de su primo que la divertía a través de la ventana.

Desconoce, y así seguirá siendo, la imperecedera perplejidad de cierto Juan ante la ausencia de nombre para una acción antigua, inevitable mientras perdure la memoria de los hombres.

No sabe que, un día, el ahogo que la ha asaltado y cuyo nombre aún ignora, podría ahogarse en el ahogo cuyo nombre aún ignora.

REVELADO DE UNA NOCIÓN EN JUAN

En palabras, que las circunstancias y el devenir podrían ser entendidos como una anestesia, una distracción para pasar por alto que haber sido, o estar siendo Juan, es fortuito; para ignorar que las circunstancias y el devenir podrían haber determinado que no fuera Juan, sino algún sátrapa infame, la Madre Teresa, un niño soldado o uno nacido muerto, Ricardo Arjona, o Dalí.

Imágenes así pueden presenciarse en Juan en el retrete. Pensaré un bonito marco y colgaré ésta en algún lugar visible, quizás en mis despertares, o en el momento previo a las siestas.

ESPEJOS EN FREDA

Esta mañana, cuando Freda se paró frente al espejo del baño, leímos: «Y sobre todo mirar con inocencia. Como si no pasara nada, lo cual es cierto», en una hoja arrancada del libro, pegada con cuatro trocitos de cinta, uno en cada extremo. Un conjuro, un antídoto, según Freda.

SUEÑOS ESCRITOS EN FREDA TORTONESE, EN LILIANA LOYOLA

En Liliana se van escribiendo a medida que se leen, como si fuesen sus ojos dormidos los escritores. La caligrafía es pulcra, austera, ligeramente inclinada hacia la derecha; la ortografía es perfecta.

El estilo de la tipografía en las páginas que Freda sueña es variable y no siempre coherente. Por estrafalario que resulte, puede sufrir una muerte muy lenta y dolorosa en Comic Sans, o atravesar sueños hilarantes o extáticos, inmersa en la sobriedad de una Arial. En papel de gramaje alto casi siempre, impresión nítida: sueña con calidad. A veces el sueño escrito se oye, como si se leyera a sí mismo. Siempre huelen, a veces a páginas —nuevas o impregnadas de estantes, vida, polvo y tiempo—, a veces a sueño, simplemente.

METÁFORA EN JUAN

Cree que es, ni más ni menos, como un papel de cigarrillo que se le escapa de los dedos, que, por instinto, busca atrapar en el aire antes de que llegue al suelo. El aire mueve el papel en el aire, el papel esquiva sus dedos, sus dedos mueven el aire; el papel, con volteretas, se mueve cada vez que los dedos intentan asirlo. Trastocada incluso la estrategia de renuncia cuando baja los brazos y espera verlo caer, con la intención de pisarlo: alguna brisa invariablemente lo eleva, vuelta a empezar, y la paciencia se va consumiendo; o ejercitando; no lo sabemos.

Lo encuentro extraño, pero Juan se ha acostumbrado a saber que ha dado con la metáfora más precisa de algo que, por mucho que lo intenta, no consigue identificar.

DUELO E INQUIETUD EN JUAN

Juan y Bartolo, inmóviles, se miran a los ojos, cada uno en cada extremo del sofá. El momento se estira y tensa. Juan claudica, busca con una mano el mando y dirige la atención a la tele. Pretende ahuyentar el pavor que una idea súbita le ha instalado: se ha planteado que la realidad, íntegra, podría ser producto de la imaginación de Bartolo. Bartolo se pasa una pata por la lengua, dos veces; luego la desliza por detrás de la oreja hasta el hocico, empujando los bigotes; se arrebujá en su rincón del sofá, la mirada sombría, extraviada en la biblioteca.

DESPERTAR EN JUAN

Juan ha despertado de un sueño. Soñaba con su amor que no fue. En su sueño, mientras vivía un presente que no es ni ha sido, recordaba un pasado compartido que jamás sucedió.

Presuntamente, Juan habría olvidado su nostalgia; su nostalgia no habría olvidado a Juan.

ESPEJOS EN JUAN

Juan se ha acostumbrado a la aprensión que le produce el espejo, y a la certeza de que, tarde o temprano, acabará por ver el reflejo de un desconocido.

ANGUSTIA EN JUAN

No hace mucho, Juan hemos reparado en que, en todos y cada uno de sus sueños, lleva gafas. Juan, que goza de una vista perfecta, teme al suplicio de no llegar jamás a comprender por qué.

TRÁFICO Y ESTRATEGIAS

Es un oráculo, un servicio de inteligencia, la fotografía del inconsciente colectivo del barrio, y el barrio, su dominio. Sabe medir el tiempo, el tiempo que importa, el de la luz, las estaciones; sabe medir las distancias en sonido y en tiempo.

Mi presencia lo ha inquietado pues me percibe impredecible. Jamás me ha visto, pero ahora sé que conoce y espera mis movimientos. Anticipa el chirrido de la puerta de mi baño a una hora de la madrugada que yo ignoro, aguarda los toques sordos de mis pasos de ida y de regreso a la cama, como si él mismo los digitara; en medio, el sonido del chorro en el váter, la descarga del váter. Sabe cuando me ausento, incluso cuando viajo.

Así, conmigo, y con todos los vecinos dentro de su perímetro. Como un estratega absorbe hechos, datos, decodifica pautas a partir de ellos, lo ubica todo en su mapa, luego establece los tiempos y pausas, la forma de

influir sobre ellos o, como prefiere, de actuar previniendo, inadvertido, como hacen los poderosos.

Sigue nuestras rutinas como quien observa ratones en laberintos. Las rutinas lo alivian pues los hábitos son frágiles. Intuye las presencias, las advierte como un eco justo antes de cada paso, en las voces, las llaves, los ruidos de las bisagras de las puertas. Los olores llegan mezclados, él los separa y clasifica; leyendo la distancia que han recorrido puede identificar su origen o, sencillamente, por repetidos, ya están integrados a su territorio: «sofrito de Liliana», por ejemplo: quizás lo memorizó, alguna vez, impregnado en el tacto del jersey o de la mano de Liliana. Un jersey, una piel, un simple andar espiado desde la ventana que da a la calle pueden ser como el manual de instrucciones de su portador. Ningún dato es superfluo.

El cúmulo de información, la energía puesta en ella, sólo es funcional a un objetivo: Juan. El sofrito de Liliana, o Liliana, en realidad no importan sino en relación a Juan.

Decía que mi presencia en Juan lo ha inquietado, en parte: me percibe impredecible, luego inconveniente; pero, aunque a mí me resulte difícil saber cuándo, pese a que su vehemencia al rechazarme pueda llegar a ser tan

dolorosa como un zarpazo, a veces lo intento y me deja visitarlo. Y he comprendido por qué: consuelo; únicamente por su voluntad de que alguien conozca sus limitaciones, comprenda sus padeceres, la carga que conlleva ser responsable de alguien como Juan.

Ocasionalmente, instalado en su intensa inmovilidad, mirando la biblioteca, los ojos entrecerrados, desde su base en el sofá de Juan, me planteo con escepticismo que mucho o todo de lo que observo podría ser fruto de mi imaginación, de haber llevado mis experiencias demasiado lejos; entonces recuerdo que Bartolo bien pudo haber sido un dios, o el amo y protector de un faraón.

ESPEJOS EN BARTOLO

Durante la revista vespertina a la cómoda del dormitorio, Bartolo pasamos delante del espejo. La parsimonia es tal que parece detenerse, pero no: es el semiinstante en que se observa, se reconoce y continúa: una sensación de «El Estado soy yo», se expande en la majestuosa gatidad de Bartolo, lo satisface, lo acompaña durante el trayecto a la sala, hasta el sofá donde se apoltrona, los ojos entrecerrados, fijos en la biblioteca.

INDIGNACIÓN Y DIÁLOGO EN JUAN

Bartolo parece intuir la naturaleza de lo que está a punto de presenciar. Se mantiene a distancia, la barriga contra el suelo fresco, con actitud resignada o indulgente. Juan, tenso e inquieto, no reparó, al pasar, en el cuerpazo regio de Bartolo que sigue reposando, pero yo alcancé a oír su exhalación como un suspiro.

Espectador, Bartolo habrá observado a Juan alejarnos por el pasillo, con el café y unas palmeritas, cruzar el vano y colocar la bandeja sobre la mesa del comedor, arrastrar la silla; habrá visto la espalda de Juan hundirse tras el respaldo cuando se ha sentado, el gesto adusto.

Juan está crispado, su torso se reclina levemente hacia la mesa, percibo los dos dedos de la mano derecha que aprietan el asa de la tacita tibia, la izquierda hecha un puño, el peso de los antebrazos contra la tabla enchapada en pino.

—Perdóname, Juan, no tenía ninguna experiencia aún, entiéndelo. Si vieras las creaciones posteriores a ésta,

apreciarías que hubo un esfuerzo constante, evolución... las recientes son muy distintas... sólo te pido que no seas tan duro.

—¿Duro? ¿Perdonar? No has entendido nada, yo no tengo nada que perdonarte... yo no, quizás me cuente entre los pocos a los que no has dado algún motivo para poder hacerlo... ¿Sabes lo que ocurre? ¿De verdad quieres que te diga por qué no hay ninguna posibilidad de comunicación entre nosotros? Pues vale, te lo diré, ya que tanto insistes: lo que ocurre es que no soporto a los megalómanos, y tú nunca cambiarás, lo sé yo y lo sabes tú, vaya si lo sabes. Dicho lo cual, gracias por venir, pero no tengo nada más que hablar contigo. He intentado ser un buen anfitrión, pero te agradeceré que cuando te hayas tomado el café, recojas tus cosas y te largues —imagina Juan que respondería a Dios y, con aire teatral, entre indignado y displicente, sin perder la firmeza en la mirada que continúa estrellándose en la pared, se bebe el café de un trago; el silencio en la sala se rompe cuando él apoya la taza de nuevo sobre el plato; de inmediato se levanta de la silla y, dando la espalda a la mesa, se acerca con indolencia a la ventana hasta detenerse, desahogado, los ojos extraviados en la profundidad del cristal, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

EMOCIÓN EN JUAN

La casa de la abuela de Juan ha sido demolida, hace años. De tanto en tanto, le sucede a Juan que, al entrar en un sitio cualquiera, identifica el aroma complejo, inclasificable, constante de la cocina abarrotada de la casa de su abuela. Inesperadamente, percibe que la singular combinación de especias, horneadas, guisos, cafés, polvo, metales viejos de ollas, sartenes y cacerolas, estanterías, olores combinados, impregnados durante días que se han hecho años, lustros y décadas, se ha reproducido en algún lugar. Juan se emociona, menos por nostalgia que por reconocer ese pequeño milagro ocurriendo.

PROFILAXIS EN BARTOLO, O NO

Desde hace un tiempo, Bartolo percibe que esto de ser el canal, la conexión a tierra, el exorcista de las angustias constantes de Juan, tarde o temprano, le pasará factura. Un «Qué remedio», un sentido del deber o responsabilidad lo recorre.

SUEÑO EN JUAN

Juan se siente muy borracho. Sus borrachísimos ojos la ven de pie en el extremo opuesto del salón.

Se miran, sonríen y tienden una línea que corta el aire caliente, cargado, que atraviesa el grupo de gente que camina, habla, grita, canta, baila, bebe. La mirada de ella es un hormigueo en el vientre de Juan, que contempla a la mujer más deseable poseyéndolo desde el extremo opuesto de la sala, en plena multitud, en una casa que se parece a la de su amigo Horacio. Luego ella atraviesa el gentío, navega el salón en línea recta hasta él, sin que nadie entorpezca su paso. Se acerca y llega tan bella, cómplice y lasciva como sólo un sueño puede ser. Sin mediar palabra, lo toma por las muñecas, lo presiona con las caderas contra la pared, respira en su oído, le muerde los labios, ahora están desnudos, a partir de ahora siempre lo han estado. Juan se deja ir en la sangre de ella como en rápidos, se ha montado en la sangre de ella que los guía y calienta toda la superficie

de la piel de los dos, que se ha vuelto una. Los sudores se mezclan, las manos se deslizan por superficies húmedas, resbaladizas; los cuerpos se desplazan como bailando un tango, en un movimiento continuo; alcanzan una puerta, la empujan, cruzan el vano y atraviesan el dormitorio de Juan hasta la cama. Huelen, se olisquean, saben, saborean, muerden, se ven, se sienten, se mueven, conectan, se funden, gimen, aúllan idealmente: es el revolcón perfecto, igual de perfecto desde Juan en Juan, o desde el Juan que simultáneamente siente y observa la escena en una esquina del cuarto, uno que sólo es una mirada, como un diafragma que va cerrándose hasta confluír en el clímax de ella y el Juan que en la cama se vacía en un bramido; real y perfecto como solamente un sueño puede ser. Acaban, jadeantes. Yacen boca abajo, en silencio, se miran a los ojos con una mejilla apoyada en las sábanas húmedas, colmados y vacíos, se les entrelazan las sonrisas, la embriaguez. A Juan le brota una carcajada tenue, instalado como está en los ojos de ella, y se desliza de nuevo hacia el silencio que le dicta la perfección de su sueño. Desde el vestigio de su risa, pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Lilith.

—Anda ya, ¿cómo te llamas? —repite mecánicamente la sonrisa nerviosa, o el rictus, que de repente ha nacido en Juan.

Ella responde un silencio, una mirada como un puño, una sonrisa que rasga, agria.

Juan despierta hecho un ovillo entre sábanas empapadas, el frío irradiando desde el interior de sus huesos, apavorado, lloroso.

SUEÑO DE NOCHE CON LUNA LLENA EN BARTOLO

Por un sendero de espejos y sueños; o, quizás, sea un sólo paso.

Un paso entra a un espejo, el siguiente a un sueño; cabeza en el espejo, cola en un sueño; un paso; cabeza en sueño, cola en espejo; del sueño a un espejo a un sueño a un espejo, a cada paso, paso a paso.

Ha olvidado el primer paso, luego ignora si ha entrado a un espejo en sueños, o si ha entrado en un sueño tras caer en un espejo en el que había un sueño.

Cosas más raras se ven en siete vidas: siete vidas, sin ir más lejos.

**AUTENTICIDAD DE LOS ESPEJOS SEGÚN UN PENSAMIENTO
DESTERRADO, EN JUAN**

Hoy, mientras se acercaba el mediodía, Juan lavábamos los platos. Cerca, Bartolo olisqueaba en el suelo alguna sobra, se desentendía de ella, se retiraba al sofá, supongo, a evaluar el efecto de las horas sobre el estado general de las cosas al promediar la jornada.

Juan fregaba a un ritmo preciso, con movimientos cortos e idénticos cada uno al anterior, absorto en la visión de la espuma y en el sonido del chorro de agua.

Suspendido en el sopor del aburrimiento, en el infrecuente vacío mental en Juan, me planteaba que resultaría de mayor provecho marcharme, regresar a casa y ocuparme de lavar mi propia vajilla. Afortunada y finalmente, optaba por permanecer y me echaba a andar.

Vagabundeo en Juan. Me interno en un sitio desconocido, que tiene aspecto de arenal bajo la luz de una mañana que despunta. Veo inmóviles residuos de

Juan que destellan, esparcidos por la extensión despoblada y de apariencia lunar. Son fragmentos a los que él estuvo unido alguna vez, durante un instante o una temporada. Los residuos de Juan ahora yacen en este páramo que nadie visita: ideas deficientes, nociones con taras o que fallaron más allá de reparación, pasadas de moda o que sirvieron como peldaños en la evolución de Juan y luego fueron desechadas.

Algo vivo corretea por allá, a la distancia, en el llano quietísimo. Coloco mi mano en visera y observo cómo corre y brinca con movimientos de ardilla. Me figuro que es un concepto prófugo. Uno que habría vivido engarzado a un razonamiento de Juan, como un eslabón. Ha conseguido fugarse; tal vez pasó la noche huyendo para llegar aquí. En este paraje que Juan jamás visita, el concepto liberado celebra con saltitos parecidos a la risa, con espíritu de borracho. Se me ocurre que, quizás, un pensamiento análogo ocupa ya su lugar y Juan ha dejado de buscarlo. Reanudo la marcha.

Es mi mirada la que indica el ritmo a mis pasos. Me entretengo sin detenerme en la visión de algunos pensamientos que respiran abandono, inertes y desperdigados. Me acerco a uno entre todos. Me detengo junto a él y lo observo. Su desamparo me hace

saber que es un pensamiento antiguo, un desecho de Juan que ha ido sufriendo atropello tras atropello en sus intentos de reválida. Puedo sentir cómo late su dignidad. Ha sobrevivido al desdén a lo largo de la historia de Juan, hasta yacer su desconexión en la parquedad de esta superficie. Lo he alzado. Como a una caracola, me lo acerco al oído; me transmite algo que podría escribirse así:

«Aquellos a los que llamas espejos, en realidad, no lo son. Son el engaño o tapadera respecto de lo que, en realidad, serían o deberían ser los espejos»: he ahí la semilla y el alma del razonamiento residual de Juan, envasado en la caracola como un minuto de ayer entre los dos índices de un reloj. La replicación es una baratija, sostiene, se exalta; la multiplicación, un artificio de feria. «¿Un espejo como artefacto, incapaz de nada excepto de repetir como un bobo eterno? Inadmisible», cuestiona. «Venga ya. Claro que no. Espejo sería uno que no condenara a tristeza o arrogancia a los condenados de tristeza o de arrogancia». Según este pensamiento que persiste en este rincón del Juan profundo, el reflejo, el truco del azogue, distraería nuestra mirada para ocultarnos el espejo verdadero, para velar su nobleza.

Bajo las abolladuras del instante desechado y orgulloso de Juan —el huracán guarecido en una caracola—, vive la certeza de que un espejo no mentiría esa definición exacta y espuria que es la silueta, sino que nos explicaría con paciencia de maestro la realidad sinuosa. Nos advertiría sobre el porvenir. Nos recordaría el peligro tranquilo que acecha parapetado detrás del Tiempo. El espejo se abriría, diáfano, para dejar leer a cada cual su sendero, uno cierto que andaríamos con el aplomo de Teseo reovillando el cordel por las calles del laberinto.

Tras discernir un espejo de lo que no lo es, habiendo trazado las distancias que, asegura, separan a esa especie noble de las chucherías, el pensamiento en Juan me dice, cerca de mi oído, como una caracola: «Ahora, hablemos de ellos», y es cita:

«Tú, el de dentro del espejo, te ves mirándote desde ahí fuera, ves el aburrimiento, ves rutina, percibes la curva de las vértebras bajo una cabeza que pesa sobre los hombros como un planeta. Tu mirada está tan desvaída, lastimada, que cae en picado apenas un palmo tras salir de los ojos; bien éstos, o cualquiera de los síntomas inequívocos del vencido o el hastiado. Es entonces cuando, tú el de dentro del espejo, llamas, das unos gritos,

quizás un par de palmadas, por ejemplo. Lo Nuevo, probablemente hartó ya de esperar que por fin llegue ese momento, reacciona ante tus palmadas, despierta, se desempolva a toda prisa y comienza a desfilar hacia fuera del espejo como muñequitos de cuerda. Un momento después, un desfile de novedades se dirige vigorosamente hacia el portal. El tú de fuera, el del hastío, lo observas llegar hasta ti con paso alegre y acompasado, te hinchas de la sensación de que todo tiene remedio, eres poseído por la certeza de que lo mejor está siempre por venir, te felicitas por tu buena memoria, por tu habilidad para rescatar las convicciones necesarias en el momento oportuno.

El espejo también es, por supuesto, la muerte, tiene que serlo: te estás acomodando el flequillo y escuchas que el tú del espejo, te llamas: «Eh, que ya ha tocado la campana, venga, salta ya». Y das un paso, de fuera hacia dentro. Resulta natural. El paso siempre ha estado ahí, pero sólo esa campanada, marcando la hora como una invitación, lo habilitó. Das el paso, entras, y de inmediato ves que lo han estado preparando toda tu vida, es evidente. Detrás del espejo, todo el tiempo, se estaba fraguando y Tú el de fuera, jamás, ni por un instante, llegaste a sospecharlo. Flaquean tus piernas, no cabes en

ti: aquello es un jardín florido hasta donde llega tu mirada, y tu mirada no había llegado tan lejos ni te había parecido sensible a tantos colores, a sus matices, no recuerdas luz con esos tonos. Hay guirnaldas, huele a frutas, a carne asada, a festín, a azahares. Dentro del espejo es ruidoso y musical. Das el paso y allí están todos voceando «¡albricias!» y «¡bienvenido!» y «¡por fin, macho, ya tardabas!». Allí están todos, y me refiero a todos. Te abrazan, te besan, te palmean la espalda con sonrisas. La gente que has querido, en sus momentos perfectos. Tu primera novia te besa con su torpe ternura quinceañera otra vez, con la sonrisa de ella que se quedó desde entonces contigo, y la maravilla se replica en tus entrañas, igual, igual que entonces. Y digo igual en el sentido de que cada cosa es idéntica a sí misma, pues la maravilla está ocurriendo, de nuevo, por primera vez. Está López antes de aquella cagada por la que decidiste dejar de frecuentarlo; la cagada nunca tuvo lugar, y López te mira a los ojos, te aprieta el hombro para transmitirte la sensación que nace ante la presencia de un amigo. Está tu ex cuando no lo era, aquel día en que ella contigo fuisteis el cénit de cualquier forma conocida de estar presentes o unidos, un instante en el que os sentisteis la consagración de la alquimia humana, dignos de ser congelados en ese

instante y convertidos en una exposición itinerante; están tus padres bajo todas las formas en las que los has amado, incluso en los recuerdos mejorados que diseñabas cada vez que te echabas a echarlos de menos. Tus hermanos, como siempre, están para que recuerdes que no podrías ni hubieras podido estar solo. Están todos tus perros saltando y moviendo la cola, incluso el cactus al que tu memoria pide disculpas por permitir que se deshidratara y que, con un silencio elocuente, te deja claro que está olvidado, que no vamos a arruinar este momento con tonterías.

Están todos y disponen del tiempo a antojo. La alegría te desborda. Entonces, antes de ser consciente de ello estás corriendo; sin parar te preguntas por qué será que corres así, desbocado. Y caes en la cuenta de que te diriges hacia tu primer balón de cuero. El balón descansa en el verde y te diriges a él tomando velocidad, sintiendo la brisa crecer en la frente, en los ojos, en el pelo y en la excitación; lo golpeas con la cara interna del pie derecho; qué digo, es todo tu cuerpo y tu convicción los que acompañan el golpe detrás del empeine. Te sale un disparo perfecto que hace una curva y que entra, limpio, por la escuadra izquierda del Gordo que no alcanza a pestañear siquiera: cuando reacciona se echa a reír, hace un gesto con la mano, «anda ya», y se vuelve para buscar el balón al fondo

de la portería. Mientras tanto, tu golazo no ha dejado por allí un solo par de palmas que no bata hasta arder.

Extraordinario, el espejo: ese término que evocaba, en el mejor de los casos, un oasis, superficie de tránsito, siempre e injustamente identificado con un no-lugar, se revela otra cosa. «Qué va... no, no, si hay un sí-lugar, si alguna vez lo ha habido, es aquí, en el espejo», te respondes, el de dentro del espejo al que antes estaba fuera y que ahora está dentro, es decir, te lo dices tú a ti mismo, que ahora eres uno en el espejo, tú en un abrazo completo contigo mismo, en el espejo en el que vives y vivirás la muerte por lo que dure, la nueva y acogedora morada. Te lo dices con una frase que suena como el eslogan de algún lugar de vacaciones, pero esta vez tu convicción está justificada. Extraordinario, el espejo, quién lo tuviera, quién supiera quién lo esconde», concluye el pensamiento su soliloquio de caracola.

Caracola o pensamiento, hubiera deseado asilarlo, ofrecerle un espacio entre los recuerdos de mis viajes o sobre la mesa baja de mi sala. Lo he apoyado con cuidado, intentando que quede exactamente como lo encontré, lo he devuelto a su extravío.

Y Juan sigue lavando el mismo plato, con movimientos mecánicos, la mente en blanco.

HÁBITOS Y MOTIVOS

Los hay que caminan por la acera pisando siempre las juntas de las baldosas, o sin pisarlas jamás, o siguiendo un patrón geométrico. Se garantiza así que algo suceda o deje de suceder: ganar una porra o curarse de un herpes, por ejemplo. Alguien chasquea metódicamente la lengua al acabar de cepillarse los dientes por la mañana, para asegurarse de que no morirá ese día. No hablan de ello, disimulan.

Canta, Alicia. Canta siempre que puede y con todo el empeño del que es capaz. Canta con los ojos cerrados. Cantando imagina que cuando haya cantado lo necesario, o trascienda el umbral de empeño requerido, sus ojos se convertirán en los de una sirena, que al abrirse verán una multitud de marineros embelesados.

HÁBITOS Y OTROS MOTIVOS

Cada mañana, Alicia sale del portal a la calle con una tostada rebosante de mantequilla y mermelada, sobre una servilleta de papel. Cada mañana, Umpiérrez acomoda veinticinco tapas de refrescos sobre el banco de su plaza.

—Agradecido, sirenísima señora. Que tenga un día con sorpresa —acepta la tostada y se despide, Umpiérrez, a veces señalando con las palmas, como los magos, una flor que dibujan las tapas de refrescos. Alicia responde con una inclinación apenas perceptible y una sonrisa tímida, antes de continuar. Él la sigue con la mirada y la ve apostarse en la parada de autobús, observa cómo esa barca abarrotada de marineros se aleja con Alicia dentro. Entonces muere.

Cuando atravieso malos tiempos, me pongo el despertador y acudo a la mañana en Umpiérrez, o en Alicia. Se parece al abrazo de un amigo.

CHAOS AB ORDINE

Juan desmonta constelaciones: echado en la terraza, de cara al cielo, olvida sus formas, las revierte a brillos diminutos que se desperdigan delante de lo oscuro.

Juan repite palabras. Las pronuncia hasta extraer de ellas todo significado. Se diría que las martilla con la lengua, que las rompe como a nueces. Las frota contra el paladar como si limara la barra de una reja, para dejar que el significado se escurra y deje la jaula vacía. Hipnotiza a las palabras, y las palabras, en trance, van desvestiéndose, quedándose en huesos, en sonido crudo, hasta que Juan consigue reconocer en su propia voz a la de un cavernario.

Ser un encantador de formas —se dice con falsa modestia— no es más que una afición, como otras tantas.

Atravesando la plaza, Juan no ha podido evitar detenernos ante esa flor desierta y perfecta de tapas de

refrescos, sobre un banco. El tiempo y la mirada de Juan se estacionaron con él que, abstraído, se emplea en localizar el caos en el orden de la figura que dibujan las tapas. El orden parece blindado.

Hace foco en la flor, fija una mirada estática. Así permanece, suspendido. Parece aguardar a que la mirada se le entumezca, a que su mirada se amodorre como Bartolo de panza al sol. Se dispone a observar la figura hasta vaciarla de geometrías y conceptos: hasta que la flor deje de ser flor, que las curvas dejen de ser curvas, las tapas, tapas y que el banco no sea ni banco, ni piedra, sino un paisaje llano contra el que se estrellan retazos de su mirada.

Podría parecer que el hombre en la plaza es Juan, alguien que mira, que busca. Sin embargo, volcado como un cazador, todo Juan es ahora su búsqueda. Juan no es más que una red en vuelo, dispuesta para caer sobre el caos que, no duda, se parapeta bajo una máscara de orden, tras una flor hecha de tapas.

Lo sobresalta una presencia; reconozco la voz queda de Umpiérrez, que afirma: «Está allí, por supuesto». Juan levanta la vista, azorado, mudo ante la sonrisa del desconocido.

DOS PASOS EN LUCIO

«Qué ágil me vuelvo», pienso por un instante, preparado para hacer pie en un transeúnte llamado Lucio que está a punto de observarnos, al pasar, a Juan y a Umpiérrez en el banco de la plaza. Pero Lucio desteje cuanto ve, y ve, piensa y desteje torrencialmente. Lucio es como esas cintas de los gimnasios, rodando un *sprint* como velocidad de crucero, o como apearse de un tren en marcha cuando el suelo viaja demasiado rápido: es idéntico mi trastabillar, los trancos, torpeza y brazos en molino; busco afirmarme en su mirada calma pero me sacude como un vendaval cuando recorre, sin detenerse, la escena: el flequillo de Juan al ondear le dice «viento dirección sur-suroeste a 7 km/h, margen de error +/- 0,25 km», las pupilas de Umpiérrez reflejan diagnósticos y despliegan en Lucio un vademécum en el que principios activos se iluminan y otros desaparecen como en un *pinball*; tapa de polipropileno a un milímetro de constituir un arco = tallo de silueta de flor dibujada con

veinticinco tapas de polipropileno, cinco azules, veinte rojas; fondo de imagen: objeto-niño despedido de columpio, estima 25 kg, trayectoria-aceleración-flexibilidad de los huesos-amortiguación: previstas laceraciones varias leves a nivel de la dermis, contusiones en escafoides carpianos; brizna —*festuca arundinácea*— oscila y confirma 7 km sur-suroeste, irrigación insuficiente, humedad relativa 85%, precipitaciones previstas al final de la tarde; doy dos pasos en Lucio, no estoy preparado: Lucio no es viaje, es un mal *trip*, áspero, intimidante.

CONFUSIÓN EN LUCIO

Lucio ha acabado de desmontar una radio, la ha desmenuzado hasta la última soldadura. Ha memorizado cada paso del despiece. Es capaz de montarla de forma tal que nadie percibiría que la ha tocado siquiera. Lucio no sabe el origen de su propio impulso, ni ha pensado en ello. No se ha preguntado por qué, un momento antes de abalanzarse sobre la radio, lo asaltó esa opresión a la altura del esófago. Lucio sigue sin saber cuál es la guarida del secreto escondido en Edith Piaf, el secreto escondido en Edith Piaf, sin conocer a Edith Piaf: sólo a su voz desde una radio, de improviso, simultáneamente una opresión a la altura del pecho, y una relación entre ambas que ha intuido y lo incomoda.

PLANO SECUENCIA

Llego a escuchar el eco del portazo que ha sonado a sus espaldas al entrar; de nuevo su madre observa delante de un fondo de carnaval, una vez ha puesto en pie el portarretratos que un dedo volteó de camino al *play* de camino a la cocina. Son cuatro pasos; vivir, un plano secuencia. La bachata sacude, bailan alma y culo; bachata fuerte en el cuerpo los cuatro pasos, y seguramente algún vecino se indigna a voz en cuello. El carro innecesario está ahora detenido entre la nevera y una mesa no tan pequeña como para no abarcar una compra imprescindible: leche, dos filetes, pan integral, una bolsita de ensalada, cuatro frutas, refresco sin azúcar. Arroz a la despensa. Pintalabios, esmalte de uñas y condones hasta el baño: son dos pasos atravesando una cortina de cristalillos que, a esta hora, en verano, aún consiguen desprender unos destellos.

Sin detenerse deja rastro, corto: una blusa, un calcetín; teatral el golpe de pie, seco, arroja al aire la

segunda zapatilla: cuatro vueltas en el aire y al caer se estaciona de costado; el tejano es más fácil de quitar que de poner, pero no tanto. Suenan bachata, fuerte, y la ducha que es una cortina de cristalillos que se estrellan y relucen, y en la pared los ojos de Bardot se quedan viéndonos a través de la mampara.

Todo sucede, me traslada, en un solo movimiento; el cuerpo larguísimo emerge del vapor perfumado y continúa entre humos de incienso, se desliza por tres corredores estrechos alrededor de la cama y frente a una ventana donde dos tules violeta se mueven. La piel se tensa y se eriza con el roce de la brisa; baila su desnudez, baila y baila, bailamos y bailando las manos se distraen satisfechas en unos senos que no abarcan. Vestirse es una coreografía escogida bajo agua tibia, no la piensa, y los cajones también bailan, se abren, se cierran con un ruido que no se oye, la ropa toca la piel, se desliza, abriga, realza, ilumina y sus curvas se hacen fiestas.

Quién sabe si la vela es larga, corta o cuándo se apaga. Entonces que la llama alumbre, entonces carnaval, vive, y no lo piensa. Siempre entonces por las dudas mejor carnaval. En el espejo. Y cuando es en el espejo, lo es en el cuerpo y en el alma, entonces el

espejo se alegra, y así. Ahora el torso se recuesta, los codos en la reja de un balcón que casi no es de tan pequeño, cigarrillo en una mano, por no parar el culo baila y el cuerpo canta y sin notarlo sonríe, sonríe y canta sobre techos que de a poco se van desvaneciendo entre penumbras. La colilla al vacío y de regreso en trance en el espejo.

Vive en plata, por gris y reluciente, así se ve. Oro en carne, carne magnífica, magnífico secreto, secreta fiesta; capricho, putón, granel, todas las noches y todos los días, los que duelen, los que no; es que todos los días son suyos o los hace suyos o decide que lo son.

A tientas o a instinto una mano recorre pulgadas cobrizas, apretada entre piel y tela llega al pubis, es un gesto rápido, presiona aún un poco, empuja el hijo de mamá que «ay, mamá, no mires» a un marco con fondo de carnaval, y de nuevo a lo suyo en el espejo. Conforme o más; ser la noche, otra vez, cada noche.

—Sol, Luna —se dice con voz firme y engolada, y desde dentro sentimos cómo alumbra; recoge el bolso adornado de falsas turquesas y se dirige hacia la puerta, cuatro pasos.

Volveré.

VÉRTIGO EN LUCIO

Lucio va a quemarse. Anda y desanda el laberinto del azar sobre botas de siete leguas. Baila con equis, íes griegas, o las sortea, o las mueve como un prestidigitador, las mueve de izquierda a derecha al centro sin perderlas de vista, «¿dónde está? ¿dónde está? ¿quién ha visto esa equis?», el trilero con sus cubiletes y su canica.

Lucio me pilotea, preciso, yo tambaleo y me aferro a la alfombra-voladora-Lucio, y el paisaje detenido me atropella con la velocidad de un tifón, inasible. En el sueño y la vigilia, navegamos puzzles que dibujan colinas y hondonadas, subimos, bajamos, él se detiene en los huequitos que encuentra y diagnostica y mapea, a puro olfato los convierte en presas, se dispara en cacerías de las figuras que dejan los huecos en el paisaje de puzzles.

Va a quemarse, porque es el tiempo lo que él no ve que nos viaja contra la cara, y lo que su urgencia convierte en un vendaval de razón, previsiones y coordenadas.

Andando una calle, esa rama que vemos nace en Lucio hecha ángulos y curvas, grados, nervaduras, clorofila, fotosíntesis, aromas descompuestos en nomenclaturas en griego y latín. Cuando veo esa rama, ve el sol, uno que es más joven que el que yo veo, enfriándose cuando atraviesa atmósferas hasta tocar el suelo, uno que ocurrió y que ya no es el que pisa; antes de acabar de ver la rama ha sabido el suelo y el árbol al que se aferra la rama, las esporas que el árbol fue y el tiempo que lo separa del fruto que va a ser. Ve fruto en un niño que pasa junto a nosotros y nos saluda, ve hombre, procreador que un porcentual señala que será. «Es unas cuantas secreciones necesarias», afirma Lucio, premeditada, despectivamente impreciso al desmenuzar el amor que precedió al niño, que para Lucio no es «Carlitos, el sobrino de Osvaldo, el del taller».

En un instante en Lucio se consumen siglos, en un siglo los instantes de muchos siglos, y en cada instante se consume él, en la Luz que es él iluminando el retrato que su deseo va pintando, que es Lucio, pues él no es más que su único deseo.

Las fábulas no tienen comprobación posible, por eso ignora a Fausto, a Grey y a Ícaro, y quema ese deseo como una mecha, que se quema rápido, a sus espaldas.

El deseo de Lucio es una mecha que es un deseo que es un designio tatuado en su nuca, que lo dicta, que él nunca vio, que lo pasea como a una mascota.

Deseo es un tahúr enamorado de la suerte. Suerte es casquivana, enamorada de sí misma y sus devaneos. Deseo es taimado, ama violento y reseco, por eso le cuenta a Lucio fábulas cuadrículadas y probables en las que Lucio posee el mapa hacia el amor de la suerte, le miente que tan pronto pise el horizonte, entonces sí. «¿Sí, qué?», es la pregunta que el deseo jamás respondería y que Lucio no podría preguntar, pues no conoce a su deseo, sólo a su voz, porque Lucio es el dictado de su deseo.

Relumbra y deslumbra, yo sé que va a quemarse rápido, a consumirse, va a apagarse.

Quisiera empapar a Lucio con las lágrimas que quisiera llorar, guarecer de exactitudes a este charco volador, apedreado como estoy por ceros que granizan, agujijoneado por unos torrenciales, quisiera inundar este charco que se cuarteja de tan seco.

ESPEJOS EN LUCIO

En casa de Lucio no hay espejos. Cuando pasamos frente al cristal de un escaparate, por ejemplo, me fijo y sólo observo una silueta, algo que parece medio vivo tras una piel de mercurio.

OLVIDO EN LÓPEZ

López no recuerda dónde ha guardado las llaves de las cajas en las que escondía sus secretos. No recuerda dónde ha guardado las cajas en las que escondía sus secretos. Lo inquieta no recordar cuándo lo ha olvidado. Lo inquieta la certeza de haber comenzado a acabarse.

ESPEJOS EN LÓPEZ

Desde hace cierto tiempo, cada mañana, López se mira y se mira, intentando verse.

LUCÍA EN AROMAS

Cierta esquina en Lucía, cualquiera, se despliega en sus sentidos, sin querer, sin darse cuenta, como las etiquetas de los vinos: notas de hojas de algarrobo en otoño, combustión moderada, panadería en los alrededores, brisa húmeda, pañal de bebé de señora que pasa.

En que es toda manías, indescifrable, dicen, coinciden casi todos. En realidad —no lo advierte—, Lucía es una mujer timoneada por su olfato. En Lucía me entreveramos, por ejemplo, con cierto muchacho bueno, amable, que ella quiere querer y no consigue; el hombre suda suave, con un deje a comino, descubro, y descubro y me explico, callejeándola, que Lucía aborrece el comino.

Si Lucía pudiese pasear por Lucía como yo, sabría que su futuro huele inexorablemente a la madera, el hierro y la humedad del tablado que una vez instalaran en la plaza del pueblo de su infancia, al aire y el polvo

que movía una falda sobre él y ante sus ojos de niña embelesada; si pudiese hacerlo, comprendería que, a sus espaldas, sus ojos han proyectado la fascinación de aquel olor que nunca olvidaron, sobre cada escenario que han visto desde entonces.

Según el destino en el que me halle, recorrer los senderos de recuerdos puede evocar un camposanto, o un desván clausurado y oscuro, un parque de diversiones, el folleto de una agencia turística, un pueblo muerto, los anaqueles de un boticario. En Lucía es caminar por un jardín botánico, aspirando hiedras o excrementos o maderas o metales o limones o jazmines. En un cantero se encuentran, desperdigados, los rostros desconcertados de todos los psicólogos consultados desde su niñez, cada uno junto a una etiqueta que indica la marca y modelo de sus respectivas colonias.

¿SUEÑOS? EN LÓPEZ

De un tiempo a esta parte, el mismo sueño con distinta apariencia, más y más ajada, deshilachándose. Cada vez, un color desaparece, se encamina a un sueño en colores primarios; los que van quedando se tornan poco pero perceptiblemente más tenues, opacos. Siempre inodoros, el sonido y el tacto amortiguado, como a través de una mampara. Él prefiere olvidarlos al despertar.

URGENTE SUEÑO EN ALICIA

Alicia sueña que la están llamando. Inicialmente, al olerlo, tuvo la impresión de que se trataría de un sueño de primavera, sus preferidos, pero pronto ha advertido que se trata de un tipo de sueño inusual, nada familiar.

Está esperando el autobús, ansiosa pues llega tarde al trabajo, y percibe el llamado; no sabe de quién o desde dónde; urge, es por un motivo importante. Se vuelve y observamos la plaza. Quizás sea la niña junto al reloj. Quizás es Umpiérrez o la estatua que desde el centro de la plaza le dirigen la mirada. Quizás un gato gordo y ausente, que Alicia no ve, aunque sabe que sigue la escena desde algún sitio. Sabe, también, que no fue el barrendero que aguarda, lejos, acodado sobre el palo de la escoba. Pese a que el llamado es sutil, personalizado, Alicia cree que el otro hombre que espera el autobús detrás de ella, que observa, impasible, sabe que la llaman.

Mientras Alicia buscamos, la plaza ensombrece, de repente, como de nubarrones; todo lo que Alicia veía se ha vuelto un negativo de sí mismo: el marrón de los ojos del hombre de la parada de autobús, el verde del césped o el morado de la chaqueta de Umpiérrez, ya no son; en todo ve opacidad, tonos de gris. Únicamente destella la tristeza de un hombre en un banco, lejos, internado en la plaza. Alicia apura el paso, se deja guiar por la luz hasta la tristeza del hombre en el banco. Al llegar, se planta, de frente y, sin pensarlo, sin proponérselo, sus párpados caen y ella canta. Canta, y a medida que canta va inventando la «Canción de la tristeza del hombre con miedo». Al acabar, al abrir los ojos, la canción ya no ha existido, el hombre no está, la luz ha regresado a la plaza dibujando la sombra que ha quedado en el banco en el que antes estaba él. El llamado ha cesado, su tarea ha concluido. Alicia mira el reloj de la plaza, recuerda que llega tarde al trabajo y se da prisa por regresar a la parada, donde el impasible aún observa y espera. Al subir al autobús, los ojos de ella lo buscan, pero ahora él también se ha ido, sin dejar ni una sombra; entonces, despierta.

IMPREVISTO SUEÑO EN LÓPEZ

López duerme. Es entonces el cuerpo de López el que se prepara para el mismo sueño de cada noche, cuando, inesperadamente, otro López soñado aparece en un sueño diferente.

Sentado en el banco de la plaza, la recorre con su mirada vencida; observamos a una niña que contempla el reloj de la plaza; al muchacho que conversa con la estatua; al barrendero que aguarda, lejos, acodado sobre el palo de la escoba; al hombre y la mujer de pie en la parada de autobús como aguardando una barca, justo en una orilla, que alimentan el silencio que llena el sueño; al bajar la mirada ve las piernas de un hombre que llega con el periódico pendiendo de una mano, pasa por delante de él, continúa su marcha y se sienta en otro banco, de frente, más allá. Sueña una plaza, cualquier plaza, una extraordinaria.

Inspira el soñado y, tal como en López, una bocanada de miedo llena sus pulmones y viaja en su sangre hasta inflamar cada célula. Pero éste no es el López anestesiado de la

vigilia, el que inhalara el miedo durante vida y más vida hasta olvidarlo, hasta hacerse a él como a un veneno del que nunca se es inmune, del que no se muere ni vive, con lentitud, del que se vive y muere como de tiempo, pacientemente. No, éste es un López consciente hasta el desconsuelo. Uno que pareciera haber nacido en ese instante nada más que para despertar al miedo de repente, que lo reconoce con la inmediatez con que lo hace un niño, que se admite él mismo suplantado por insectos que han sitiado, expulsado y reemplazado, una a una, sus células.

Él en un banco, en una plaza, en un sueño, sin hacer más que asombrarse, sin ser más que la repentina consciencia del miedo en que se ha convertido. Con naturalidad asimila que solamente cabe esfumarse, espantar al enjambre de insectos que son sus células, dar palmadas hasta ahuyentarlos, obligarlos a volar, a que unos se alejen de otros, que así descompongan su existencia en miles de insectos asustados, hasta no ser, hasta que su cuerpo y su vida se esfumen con el enjambre que se dispersa hasta ser nada.

Entonces, el muchacho ha dejado de hablar con la estatua de la plaza, se ha dirigido a él, se ha sacado el sombrero con una sonrisa, le ha señalado el reloj de la plaza al que se le han borrado las agujas, cuya ausencia la niña

observa y observa; al levantar la mirada hacia el reloj ha visto al hombre del periódico, que ahora es o que siempre ha sido López leyendo hojas en blanco; finalmente, ve a la mujer de la parada de autobús, que ya camina hacia él.

Ella se acerca, con paso ligero y rápido, hasta apostarse frente a él en su banco. Sonríe. Es luminosa de una forma en que solamente en sueños puede ser percibido, comprendido. La mujer abre la boca y canta calma, calma es cantada, una palabra que significa «ausencia de miedo» es transformada en música intensa y silenciosa como sólo en sueños.

De nuevo inhala y todo lo que huele en la plaza lo llena desde la nariz hasta las uñas: aire, hierba, polen, gente, sol, agua, tierra, humo, granito, hormigas, tronco, hierro, alientos, palabras, papel, tabaco, sudor, piel. Es entonces cuando se da cuenta de que la mujer ya no brilla, y la plaza, todo lo demás, se ha vuelto tenue, blanco y negro y grises, el negativo de sí mismo, menos él, que ahora es polvo de presente y que, luego de resplandecer, se va apagando hacia una sombra.

Yo, de espaldas a la escena, de pie en la parada de autobús, en una orilla de la plaza, presencio el final del último sueño de López.

DÉBUT

Lucía inspira, recuerda que, en francés, significa «comienzo», y sonrío. Luego da un paso, apoya un pie en el escenario, por primera vez.

ESPEJOS EN LUCÍA

—La muerte ha de oler como un espejo —pensó
Lucía mientras lo olvidaba.

HORARIO DE VISITA

Con el pudor que a veces provoca el ocio, imagino que la fe fuera algo cuantificable. Dicho de otra manera, que existiese una determinada cantidad de fe disponible en un momento dado, como si se tratara de petróleo o de forestas. De visita en el Padre Francisco Echagüe, juego a una explicación de mi carencia de fe. De algún modo, el Padre Echagüe se habría apoderado de la ración que me tocaba. Entonces yo dejaría de ser un turista ocioso, para convertirme en mí durante el horario de visita a mi fe cautiva en el Padre Echagüe. Transitando las callejas estrechas, pedregosas, encajonado entre hileras abigarradas de casillas, transito la alegría que brota de su compasión y se despierta mi alegría cuando pienso que mi fe está mejor en el Padre Echagüe, que yo no hubiera sabido qué hacer con ella.

El Padre Echagüe camina con la opulencia de su origen y el ascetismo de su presente fundidos en sus pasos y en sus manos, o en su torso cuando los vecinos

se acercan, lo abrazan o lo palmean. El Padre Echagüe no sabe caminar sobre agua pero, de un modo que él no comprende del todo, ha aprendido a abrir el caudal que lo separaba de las gentes en sus calles miserables. La opulencia y el ascetismo, cada uno, es un paisaje exótico para mí, por lo que el Padre Echagüe, siendo ambos, exagera mi extrañeza de turista.

Echagüe respira al mago que, dice una leyenda, extendía el pan y los peces, y yo respiro a Echagüe que hace esa magia con la fe. Duda y teme tanto como respira al mago aquel, duda y teme en gotas que el caudal de su fe diluye.

Las balas que, sabe, van a hundírsele como los clavos al mago muerto, cree, más bien pronto, ya están incrustadas en su andar, ya son parte de su cuerpo. Su cuerpo está vivo y está muerto porque su fe extiende lo vivo y extiende lo muerto, como el mago extendía el pan más allá de donde comenzaba la ausencia de pan, cuenta una leyenda.

Su certeza me abrumba con motivos antes de que yo llegue a sorprenderme. Desde los tiempos del mago que extendió la fe aún más que el pan y los peces, los amos de las balas y los clavos —llega diciéndome su certeza—, han temido a los que multiplican la fe mucho más que a

los que multiplican el pan y los peces: «Por supuesto. Es natural», sentimos en Echagüe. Yo temo ante su certeza, por inminente, pero su fe, que se ha bebido la que me ha arrebatado, me domestica, me hace fluir en el caudal que viaja en sus manos cuando estrecha las de otros. Yo recorro a Echagüe cuando recorre las callejas, su fe fluye como el vino que le ofrecen y que él bebe con los pies plantados en el suelo de tierra de una caseta; el vino lo calienta, pero lo calienta sobre todo la mano helada del que le arrima el vaso, algo que comprendo que es su fe.

El Padre Francisco funambulea sobre el miedo y las dudas, y cada posible caída le ofrece una red. Si la eternidad le fuese negada por esto o aquello, por ejemplo, habrá valido la pena, siente; de lo contrario, también.

He llegado a olvidarme de mí: Francisco me ha hecho él hasta que al pronunciar «Perdón» me zarandea algo que parece un seísmo en Francisco: me recuerda que estoy de visita en mi fe ausente; recuerdo que he olvidado las balas que con certeza van a hundírsele al Padre Francisco Echagüe, cree él, más bien pronto; recuerdo que él me ha arrebatado mi ración de fe y que debo irme, pues no hay red para ninguna de mis posibles caídas.

MODERNIZACIÓN

Hace tiempo que Don Ramón Urquijo hemos advertido que su negocio está en declive, e imagina formas de adaptarse a los tiempos. Hoy, mientras compraba el periódico, ha descubierto algunas publicaciones especializadas de sectores pujantes, como «Embarazadas», «Novias», «Relojes deluxe» o «Motores a fondo». Se pregunta si «Cajones» o «Difuntos con estilo» resultarían títulos apropiados.

说中国

Don Urquijo dice que es el idioma del futuro, que tan pronto lo domine cambiará su suerte, pues está convencido de que allí muere muchísima gente. Se ha suscrito a la cadena de televisión satelital que transmite más canales en chino, y sólo ha sintonizado ambos: uno de noticias y otro que emite clases de mandarín durante seis horas diarias. Escribe con tiza ideogramas temblorosos en los troncos de los árboles de su calle. Cuando tiene ratos libres la recorremos abajo y arriba, repasando sus apuntes de tiza e intentando reconectarlos con sus frágiles nociones. El ambiente sonoro en Urquijo podría compararse a una sala de karaoke chino, repleta de voluntariosos turistas. Es demoledor.

Confía en que, consustanciándose con la cultura, el idioma comenzará a resultarle más familiar o fluido. En la taberna lo echan de menos desde que se hizo habitué del bazar de su calle, donde reemplaza las lámparas de papel que se le queman y disfruta de la compañía de su

dependiente, originario de Tianjin. Comparten horas de conmovedora incompreensión acerca del clima, densidad de población y afecciones comunes en las diferentes regiones del gigante asiático. Urquijo escucha compenetrado y asiente moviendo con lentitud la cabeza, continuamente, como los perritos que decoran los tableros de los automóviles. «Ya te digo», remacha convencido cada frase de su interlocutor, a las que adjudica algún significado funcional a sus aspiraciones. De tanto en tanto, alguna noche, el dependiente lo acompaña calle arriba y abajo mientras él pasea a su perro, a quien ha rebautizado Tienanmen. Iluminan el recorrido con una linterna del bazar, y el dependiente le indica correcciones a los ideogramas pintados en los troncos, que por lo general Urquijo no comprende, o malinterpreta.

Su salud se ha resentido desde que un sobrino le ha comprado un libro de recetas en chino a través de Internet. A él no parece importarle, pero doy fe de que, en la actualidad, cualquier experiencia gastronómica en Urquijo es tóxica.

Lleva tres meses ignorando que malvive en chino mandarín. El problema, claramente, no es su falta de determinación. A mi juicio, Don Urquijo haría mejor en enfocarse hacia objetivos más acordes a sus habilidades cognitivas.

SUEÑOS EN LUCÍA

Tan previsible como inusual, sueña olores, Lucía.

Suele soñar espacios vacíos que huelen; a veces están coloreados; otras son solamente olores, con frecuencia desconocidos y cuya composición ni ella consigue adivinar; algunos mutan, se desarrollan hasta que los interrumpe la vigilia; se dan, incluso, aromas-sueños que devienen pestes-pesadillas.

También los hay más convencionales. Tiene, por ejemplo, uno recurrente en el que la señora de la pescadería se le aparece y le habla de algún asunto intrascendente; Lucía despierta, perpleja, cuando su nariz reconoce el aliento de su madre llegando desde la boca de la pescadera.

En otro está enamorada de un hombre sin rostro, fragante a delicia, un aroma indescifrado que no ha conocido más que en él. Es un sueño que a la vez encanta y que ha de arrastrar, que es en la vigilia una enorme bolsa de arena con un orificio, y que Lucía

remolca mientras la carga va disminuyendo; sobre el mediodía, por lo general, el peso del residuo del sueño ha desaparecido por completo.

SUEÑO Y CONSECUENCIAS EN URQUIJO

Hay destinos indescifrables para el viajero que desconozca su historia, sus mitos, transiciones, logros, frustraciones. Bagdad o Sinatra, por ejemplo. Es habitual también que, a la vez, por notorios, por la referida necesidad, exista respecto de ellos abundancia de bibliografía y datos. Los hay, sin embargo, cuyos secretos sólo son accesibles a quienes se aventuran sin más. Son destinos quizás lejanos, temidos o temibles, o simplemente ignotos, y comprenderlos exige hurgar en suburbios, chapalear barro, leer sus grafitis o contemplar los muros derruidos de sus antiguos monumentos.

Don Urquijo soñó una maldición: entraba a un templo que era la oficina de la empresa de telefonía. Es decir, era el mismo espacio, sólo que estaba desierto, diáfano, y él sabía, en su fuero íntimo, que aquello era un lugar sagrado. En el centro, apoyado sobre una silla de bar, iluminado por una luz cenital, como un remedo de *stand-up-comedy*, se hallaba el hombrecillo del logo

de la compañía. Urquijo se acercaba y se arrodillaba frente a él. «Dime tus pecados, hijo», decía el logo a Urquijo con tono solemne, desde dentro del traje blanco de solapas anchas, poniéndole una mano sobre el hombro. De la boca de Urquijo salían, por toda confesión, seis números del cero al cuarenta y nueve.

Al despertar, Urquijo recordaba los números con claridad y los apuntó de inmediato. Se preparó un café negro y, con los seis números y una certeza, se dirigió a la agencia de juegos tan pronto abrió. El bote por seis aciertos llevaba varias semanas acumulándose, por lo cual, a cambio del par de monedas que echó en el mostrador, le ingresarían unos cuantos millones. El dato no hizo más que confirmar que no había nada de azaroso en todo el asunto, aunque a él, como a cualquiera en su sano juicio, no le hiciera falta, a aquellas alturas y ante el cúmulo de evidencias.

El sábado llegó a su ritmo. Con un vermut y una tabla de embutidos, Urquijo se sentó a escuchar el sorteo por la radio. «Sorteo...», pensó con sorna, los ojos entrecerrados como un gato, moviendo el vaso, cling-cling los hielos, *alla* Bogart. Masticaba sereno y cuarenta veces por bocado, para favorecer la digestión, mientras escuchaba al fulano de la radio pronunciar uno a uno sus

números, excepto la segunda cifra del último, que cantó «cuatro, ocho» convirtiendo al cuarenta y nueve en el único número fallado en el billete de Don Urquijo.

De su fe no quedaron ni escombros ni polvo, nada más que resentimiento creciendo en el insomnio. Tuvo, de inmediato, la convicción de que un dios como la gente, uno como Dios manda, no se la juega a nadie de forma tan rastrera. Las estadísticas estarían para siempre en su contra: habiendo conseguido una vez cinco aciertos, las posibilidades de ganar el premio mayor y de vivir como un marajá el resto de su vida, tal como siempre deseó, serían exiguas, por no decir nulas y sin precedentes. El premio que recibió fue exactamente el necesario para reemplazar el suelo de la sala, que ya entonces estaba hecho un asco, por parqué auténtico, y pagar todo, incluidos impuestos y mano de obra. Hubiese sido como aceptar una limosna indigerible del supremo ruin, pensó Urquijo, la humillación sobre la que él y su perro habrían de caminar el resto de sus días, así que decidió mostrarle con quién se estaba jugando los cuartos: compró el parqué, lo apiló en el jardín, encendió una pira y, con los *parquetistas* y los bomberos por testigos, quemó la estampita de su primera comunión, que conservaba en el álbum familiar. Tan pronto le

permitieron dejar comisaría, se dirigió de inmediato a enrolarse en una secta llamada «Guerreros de Dios», que tenía una sede en su localidad; Urquijo había creído que se trataba de un grupo de desengañados como él, unidos y organizados para combatir, insultar y hacer conocer la verdad sobre aquel personaje. El error quedó en evidencia, rápidamente; Urquijo se sintió solo, aislado con la verdad, y su euforia vengativa, exhausta, dejó paso a la desazón.

El vestigio de su fe, o la ausencia de ella, siguió a partir de entonces una deriva de forzadas simpatías por dioses alternativos, adhesiones y expulsiones de todos los cultos legales, hasta agotarse en un agresivo y, en apariencia, irreversible ateísmo; Desde entonces, recelo en tonalidades de arena y piedra pintan la extensión, y acompañan al viajero en Urquijo, hasta sus confines.

**EXTRAÑEZA QUE DESEMBOCARÁ EN ATURDIMIENTO EN MÍ,
RECIÉN LLEGADO DE URQUIJO**

No es perturbador como descubrir una esquila en blanco pegada en la nevera al regresar de una excursión; lo es como advertir que se desconoce el olor del propio aliento impregnado en la almohada, sólo porque imprevistamente huele a alguien.

**ENCUENTRO Y DESASOSIEGO EN ALGUIEN CUYO NOMBRE NO
VIENE AL CASO**

—No deberías estar aquí. O no deberíamos.

—¿Por qué?

—Porque no sé. ¿Quién eres?

—Lucía, o algo que se le parece.

—Lucía, sí, te conozco, no tiene gracia. ¿Cómo lo has
hecho?

—¿Como tú? ¿Piedra, papel o tijera?

—Déjalo. Adiós.

PROPOSICIÓN

Nos visitábamos. Lucía decía, pensaba, «hasta el final». Me asustaba, me atraía. Insistió.

DIORGASM[∞]

Antes de ahora no había Dios. Después de ahora, o antes, no podrá haber habido nada.

Es polvo de Dios, es el veneno de la vida eterna. Cuando Dios se echa un polvo con Dios se echa un polvo con Dios se echa un polvo con Dios no es un cuadrado, ni siquiera espejos, es un punto que es todo, esto. Ni tú y yo, ni yo y yo, ni yo y tú, ni tú y tú, ni tú *enmíentienmíenti*, Lucía, esto, de gotas a agua, única, completamente; ni recuerdos ni recuerdos de mañana ni piel ni sudor ni sexo ni humores de vísceras ni amor ni nada ni todo: absoluto; yo no es ya tú, Lucía, ni ella eres yo, ni somos, soy, son, eres nosotros; esto: ⁿosotros; esto Lucíay[∞], Dios, esto es Dios, tiene que ser.

½ FE DE ERRATA

Lucía recuerda haberlos tenido mejores.



NOTAS

El poema en el espejo de Freda Tortonese pertenece a «Caminos del espejo» de Alejandra Pizarnik.

AGRADECIMIENTOS

A Marie-Laure: por esto, por el resto. Por tu alegría, Laurette.

A mi madre, que me enseñó a leer, a querer los libros y a dejarme ir en las historias que contaban.

A mi padre, a los cuentos que inventaba, a las rutas pampeanas en las que jugábamos a la gramática.

A Andre, a Marce –lindas, adoradas–, por hacerme tan querido.

A Jere, Nanu, Cande, Galo.

A Tinho. A Meu, el gatopótamo.

A Don Manuel Viegas, por convidarme con su biblioteca y el silencio de las siestas en Nueve de Julio, Buenos Aires.

A La Palabra Mecánica, Santiago Ambao, Musa Sabbatiello: por los conjuros, por los ánimos, por la amistad, por lo que no alcanzaré a agradecer.

A Elenio Pico, artista, goleador incombustible.

A Don Francisco Aguirre.

A Jr. Césari, a mis maestros.

A José Ignacio García Martín por su generosidad.

A Juan Carlos Cortés, Iolanda, Sergi Oset, Igor Kutuzov, Esteban Barbaria, Pedro Vizán, Pedro Gómez.

A los amigos.

A los compañeros de ruta, innumerables.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Turismo..... | 3 |
| L'esprit de l'escalier..... | 9 |
| Presente continuo en el Sr. Tomás..... | 13 |
| Primer breve viaje a Umpiérrez..... | 17 |
| Segundo breve viaje a Umpiérrez..... | 18 |
| Espejos en el Sr. Tomás..... | 19 |
| Sentimiento Mecánico en el Sr. Tomás..... | 21 |
| Tercer breve viaje a Umpiérrez..... | 22 |
| Cuarto breve viaje a Umpiérrez..... | 23 |
| Tránsito..... | 24 |
| Quinto breve viaje a Umpiérrez..... | 32 |
| Sexto breve viaje a Umpiérrez..... | 33 |
| Espejos en Abel..... | 34 |
| ¿Retraso?..... | 35 |
| Último menos breve viaje a Umpiérrez..... | 36 |
| Silencio en Isidro..... | 38 |
| Arriesgado breve viaje a Umpiérrez un día después de su caída, movido por una irrefrenable curiosidad..... | 40 |
| Sorprendente regreso a Umpiérrez..... | 41 |
| Descenso a Carlitos..... | 42 |
| Desengaño en Larita..... | 45 |
| Hipótesis durante el castigo en Larita..... | 46 |
| ¿Venganza?..... | 48 |
| Roles..... | 49 |
| Espejos en Larita..... | 52 |
| Espejos en Carlitos..... | 53 |

| | |
|---|-----|
| Nazario y aldeaños..... | 54 |
| Espejos en Nazario, en Umpiérrez..... | 57 |
| No ficción según Larita..... | 58 |
| Sueños en Nazario..... | 62 |
| Inspiración y urgencia en Laura..... | 64 |
| De: Laura A: Ariel / Ida y Vuelta..... | 67 |
| Compartiendo la carga del altísimo Zampetti..... | 72 |
| Espejos en Laura..... | 73 |
| Espejos en Ariel..... | 74 |
| Dentro de vidrio en Ariel..... | 75 |
| Espejos en Zampetti..... | 81 |
| Penalti en Roberto Rodríguez..... | 82 |
| Penalti en Casas..... | 85 |
| Juego hen Lylyhana..... | 87 |
| A trompicones en Irene..... | 89 |
| Armando se ausenta..... | 91 |
| Llamativa evocación durante la visita a Jessica..... | 94 |
| Antes de la náusea en el Dr. Mendizarrosa..... | 95 |
| Efectos colaterales: preocupado por Armando..... | 98 |
| Ajedrez SRL..... | 99 |
| Sueño y complicidad en Armando..... | 103 |
| Efectos indeseables en el Turista..... | 104 |
| Sueños en Irene Loyola..... | 106 |
| Espejos en Irene..... | 107 |
| Evocación de mi vecino Juan en la sala de espera del consultorio del Dr. Mendizarrosa..... | 108 |
| Carrera literaria en Freda Tortonese..... | 110 |

| | |
|--|-----|
| Historia en páginas en Freda Tortonese..... | 112 |
| Visita a la ausencia de nostalgia en mi vecino Juan..... | 114 |
| Nostalgia..... | 115 |
| Revelado de una noción en Juan..... | 116 |
| Espejos en Freda..... | 117 |
| Sueños escritos en Freda Tortonese, en Liliana Loyola..... | 118 |
| Metáfora en Juan..... | 119 |
| Duelo e inquietud en Juan..... | 120 |
| Despertar en Juan..... | 121 |
| Espejos en Juan..... | 122 |
| Angustia en Juan..... | 123 |
| Tráfico y estrategias..... | 124 |
| Espejos en Bartolo..... | 127 |
| Indignación y diálogo en Juan..... | 128 |
| Emoción en Juan..... | 130 |
| Profilaxis en Bartolo, o no..... | 131 |
| Sueño en Juan..... | 132 |
| Sueño de noche con luna llena en Bartolo..... | 135 |
| Autenticidad de los espejos según un pensamiento desterrado, en Juan.... | 136 |
| Hábitos y motivos..... | 144 |
| Hábitos y otros motivos..... | 145 |
| Chaos ab ordine..... | 146 |
| Dos Pasos en Lucio..... | 148 |
| Confusión en Lucio..... | 150 |
| Plano secuencia..... | 151 |
| Vértigo en Lucio..... | 154 |
| Espejos en Lucio..... | 157 |

| | |
|--|-----|
| Olvido en López..... | 158 |
| Espejos en López..... | 159 |
| Lucía en aromas..... | 160 |
| ¿Sueños? en López..... | 162 |
| Urgente sueño en Alicia..... | 163 |
| Imprevisto sueño en López..... | 165 |
| Début..... | 168 |
| Espejos en Lucía..... | 169 |
| Horario de visita..... | 170 |
| Modernización..... | 173 |
| 说中国..... | 174 |
| Sueños en Lucía..... | 176 |
| Sueño y consecuencias en Urquijo..... | 178 |
| Extrañeza que desembocará en aturdimiento en mí, recién llegado de Urquijo..... | 182 |
| Encuentro y desasosiego en alguien cuyo nombre no viene al caso..... | 183 |
| Proposición..... | 184 |
| DIOrgaSm [∞] | 185 |
| ½ fe de errata..... | 186 |
| Notas..... | 187 |
| Agradecimientos..... | 188 |